



Mutuo acompañamiento en la *Ruah* Divina

Sobre el discernimiento y la
espiritualidad para tiempos inciertos

Juan Carlos La Puente-Tapia
Carlos Mendoza-Álvarez

Prólogo de Carmenmargarita Sánchez de León
Ilustraciones de Paulo Medina





Mutuo acompañamiento
en la *Ruah* divina



JUAN CARLOS LA PUENTE-TAPIA



CARLOS MENDOZA-ÁLVAREZ



Mutuo acompañamiento en la *Ruah* divina



JUAN CARLOS LA PUENTE-TAPIA
•
CARLOS MENDOZA-ÁLVAREZ



Prólogo de
Carmenmargarita Sánchez de León

Ilustraciones de
Paulo Medina



Portland & Boston 2022

Juan Carlos La Puente-Tapia y Carlos Mendoza-Álvarez

Mutuo acompañamiento en la Ruah divina.

Sobre el discernimiento y la espiritualidad para tiempos inciertos

© 2023. Algunos derechos reservados por Aliosventos Ediciones AC.

Primera edición, 2023.

Biblioteca de espiritualidad

Aliosventos Ediciones AC. Cardenal 32, Zibatá, El Marqués, Querétaro, 76269.

Teléfono: 442 467 8838.

© 2023. Para promover el acceso abierto a las publicaciones científicas evaluadas por pares, Aliosventos Ediciones AC libera este libro bajo la siguiente licencia de Creative Commons: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Prólogo: Carmenmargarita Sánchez de León

Ilustraciones: Paulo Medina

Diseño de portada: Daniel Capri / Lumbral Studio

Cuidado editorial: Juan Manuel Escamilla González Aragón

Diseño Editorial: Juan Antonio García Trejo

ISBN: 9798378341597

ISBN: 9798378341689

Producido, con amor, en México y Reino Unido.

Impreso en varias latitudes:

México, Estados Unidos, Reino Unido, Francia, España, Italia, Japón.

Contenido

Prólogo	9
<i>¿Quiénes escriben?</i>	12
<i>Desde dónde</i>	13
Introducción	15
<i>La Ruah</i>	16
<i>La incertidumbre de nuestro tiempo</i>	16
<i>La esperanza en la potencia de los sobrevivientes</i>	17
<i>El comienzo de nuestro mutuo acompañamiento</i>	17
Umbral	21
Levante	27
<i>Predicado</i>	27
<i>Sujeto</i>	28
<i>Verbo</i>	30
Resplandor	33
<i>Aleteo y viento</i>	33
<i>Dejarse mover y ser movidos</i>	34
<i>Conversión y gratuidad</i>	36

Tiempo nuevo	39
<i>Obra mayor, creación continua</i>	39
<i>Caída del sí mismo</i>	40
<i>En la interseccionalidad de nuestras resistencias</i>	41
<i>Creación continua, encarnación continua</i>	41
<i>Dejar de huir</i>	43
<i>El pasado viene por delante</i>	43
<i>Encontrarnos, acercarnos</i>	44
La danza humano-divina	47
<i>Trascendiendo el tiempo: el pasado que viene por delante</i>	48
<i>Trascendiendo el espacio: de la rivalidad al mundo común</i>	49
<i>Nacer de nuevo</i>	51
<i>La mesa común</i>	52
Espacio nuevo	55
<i>Y el disfraz del dolor cae</i>	55
<i>Salvación</i>	58
<i>Convocar</i>	59
<i>Sigamos</i>	61
Epílogo	63



Prólogo

El 15 de septiembre de 1963 Addie Mae, Cynthia, Carole y Carol Denise, cuatro niñas afroamericanas que asistían a la Escuela Bíblica, fueron asesinadas por una bomba colocada por supremacistas blancos en la Iglesia Bautista de la Calle 16 en Birmingham Alabama. Un hecho que pocos pudieron articular o explicar. Ante realidades tan violentas y desgarradoras, la teología muchas veces se queda sin piso para explicar en lo profundo por qué o cómo los seres humanos somos capaces de tanta maldad contra otros, contra nuestra compañera la Tierra y contra lo que en ella habita. Aunque en las ciencias sociales se han desarrollado increíbles teorías que dan cuenta de cómo la maldad humana se forja en sistemas y estructuras opresivas como el patriarcado, el racismo, la heteronormatividad, el capitalismo extractor o el colonialismo, entre otros, estas teorías y análisis no son suficientes para redirigir a la humanidad hacia una mirada profunda de sí y de su entorno. Quizás cuando el cuerpo abraza su espiritualidad encuentra posibilidades de sobrepasar momentos en los que ni las palabras ni los análisis bastan. Sin embargo, la espiritualidad o las espiritualidades no son espacios neutros ni fáciles, pues también están acondicionadas a nuestras luchas de poder desde la materialidad de la que emanan y de la que son parte. A la vez, las espiritualidades son espacios que ofrecen más flexibilidad para mantener una apertura a las posibilidades de la vida que, desde conocimientos y saberes más cerrados, resulta difícil comprender o abordar.

Desde la espiritualidad más abierta, la que se niega a encontrar respuestas cerradas, pueden desarrollarse conversaciones a múltiples voces, conversaciones que abran ventanas de esperanza. Ante la tragedia del 15 de septiembre, se desarrolló una de esas conversaciones a múltiples voces que nos ayudaron a procesar un dolor inexplicable, a discernir los caminos y a hacerlo en mutualidad. El tributo proclamado por Martín Luther King ante los féretros de Addie Mae, Cynthia, Carole y Carol Denise, y la pieza musical de John Coltrane, *Alabama*, se convirtieron en dos piezas “discursivas” de profunda espiritualidad que no nos dan respuestas definitivas pero que abrieron posibilidades.

En su tributo Luther King dice:

[...] la vida es dura, a veces tan dura como el acero de un crisol. Tiene sus momentos sombríos y difíciles. Como las aguas incesantes del río, la vida tiene sus momentos de sequía y sus momentos de inundación. Al igual que el ciclo siempre cambiante de las estaciones, la vida tiene el calor relajante de sus veranos y el frío penetrante de sus inviernos. Y si uno aguanta, des-

cubre al Dios que camina junto a nosotros, y que Dios es capaz de levantarnos del cansancio de la desesperación [y llevarnos] al optimismo de la esperanza, y transformar los valles oscuros y desolados en caminos soleados de paz interior.¹

En la pieza *Alabama*,² Coltrane conversa mediante su saxofón en el mismo tono de voz de Luther King, con una calma que nos deja sin aire y que requiere de nuestra atención inmediata. Es claro que la composición *Alabama* y la primera interpretación de la misma interactúan con el tributo de King, y King a su vez conversa con la musicalidad que desde las entrañas de la resistencia genera la música de las comunidades afrodescendientes. Las variantes tónicas del saxofón llenan los vacíos en el discurso de Luther King, lo complementan, pero la interpretación de Coltrane no es un monólogo, sino que intervienen el piano con sus notas repetidas que nos fuerzan a mirar más de cerca lo sucedido y los tintineos de los platillos de la batería que insisten en el clamor por el acogimiento junto a un contrabajo que da un fondo de peso a las conversaciones. Luther King tampoco conversa solo, conversa con la naturaleza, conversa con sus hermanos negros y sus hermanos blancos, conversa con el Shakespeare en Hamlet, para finalmente cerrar el tributo con un “Buenas noches, princesas” que es una apertura a un mañana, a la convicción de un sol nuevo del cual no tenemos certeza de cómo será. Por su parte, Coltrane cierra su interpretación con un final que no parece fin, y una queda esperando la siguiente nota. No hay nota final.



Tampoco hay nota final entre Juan Carlos La Puente y Carlos Mendoza, quienes en un movimiento en espiral retoman una jornada / conversación en Nairobi, Kenia, en tierras africanas, lugar del inicio de la humanidad. El camino es abierto a la re-imaginación, a dejarnos mover por la *Ruah* en estos *tiempos inciertos*. La *Ruah* tendrá caminos infinitos que ofrecer, no hay fin sino posibilidades ante el terror de las violencias que nos sacuden y que parecen tener la última palabra. Y desde ahí, tanto La Puente y Mendoza como Luther King y Coltrane nos llevan a pensar de nuevo sobre ¿cuáles son las espiritualidades necesarias para estos tiempos?

Pero, ¿qué es la espiritualidad? Quizás, quienes siempre hemos vivido en los contextos eclesiales no nos hacemos esta pregunta; asumimos lo que hemos aprendido de manera rutinaria y con repetición. Por otro lado, aquellos que están

1 “Euolgy for the Martyred Children (September 18, 1963), Pt. 1.” n.d., YouTube Video. Accessed November 15, 2022. <https://www.youtube.com/watch?v=8ccFvd5DV5Y>

2 Coltrane, John. “Alabama”. YouTube Video. Accessed November 15, 2022. <https://www.youtube.com/watch?v=saN1BwlxjxA>

agotadxs de las instituciones religiosas o quienes no asumen la fe desde las religiones, muchas veces parten del entendimiento de que la espiritualidad no es parte de sus vidas. Espiritualidad, espiritualidades, son experiencias que requieren ser cuestionadas, deconstruidas y revisitadas una y otra vez. Sin esos ejercicios de búsqueda, que los autores llaman discernimiento, es muy fácil que las espiritualidades se conviertan en un objeto de consumo dentro del sistema de mercado. Sin discernimiento es fácil que en el torbellino de este mundo las espiritualidades sean simplificadas en exceso para proveer soluciones mágicas a situaciones complejas; o que, en un acto de rebeldía y protesta contra las instituciones que nos han robado el derecho a mirarnos como seres inherentemente espirituales, le demos la espalda a un elemento vital para nuestras vidas. La conversación de dos amigos en búsqueda, en discernimiento, Juan Carlos La Puente y Carlos Mendoza Álvarez, nos ayuda a cuestionar, deconstruir y visitar nuestros conceptos de espiritualidad, particularmente dentro del *ethos* cristiano. Mediante una conversación que se va desarrollando de manera epistolar, a la usanza del movimiento inicial de Jesús, vamos sintiendo en nuestras cuerpos las encrucijadas espirituales que Juan Carlos y Carlos sienten de cara a los dolores, alegrías y reconciliaciones, de las familias de desaparecidas, de mujeres atacadas por la violencia patriarcal, de migrantes, de personas de la diversidad sexo genérica, de la Tierra misma, entre otros. Sentimos la lucha corpoespiritual de ellos, quienes, como Jacob, luchan contra la Divinidad misma para darse cuenta de que de ese proceso no se sale ileso y que para recibir bendición habrá que salir herido.

Esa lucha con la Divinidad nace de la conciencia profunda —no sólo de sí, sino de la conciencia del otro o lo otro en una relación de mutualidad e interconexión. Esa conexión es “la puente”³ que nos permite quebrar la *otroreidad* que se construye en las entrañas de los sistemas de opresión.⁴ Se trata de un cambio en la “geografía postural”,⁵ que en lugar de estar erguida / independiente (la propuesta

3 En 1983 se publica el libro *This Bridge Called my Back*, las autoras Cherrie Moraga y Gloria Anzaldúa, entre otras, proclamaron con múltiples voces y estilos la necesidad de hacer interconexión entre las feministas “de color”. Sus relatos y ensayos nos ayudaron a visualizar el concepto de interseccionalidad. De este trabajo y de otros desarrollados más adelante, Gloria Anzaldúa habría de elaborar el concepto “la puente” como un ejercicio fundamental para las corpoespiritualidades de las mujeres, sobre todo de las mujeres racializadas. Ver: Anzaldúa, Gloria, and Cherrie Moraga, eds. “This bridge called my back”. *Writings of Radical Women of Color*, 1981.

4 En el libro *The Origin of the Others* la escritora afroamericana Toni Morrison argumenta en una serie de ensayos la manera en que el sistema esclavista impulsó la creación del otro / otra / otre con la intención de deshumanizar a una parte de la sociedad. Ese constructo de *otroreidad* ha mutado pero prevalece para poder sostener las opresiones sistémicas. Ver: Morrison, Toni. “The origin of others” in *The Origin of Others*. Harvard University Press, 2017.

5 Este concepto de cambio en geografía postural lo recoge la filósofa Adriana Cavarero, en sus reflexiones sobre el concepto de la vulnerabilidad.

del capitalismo extractivista) está inclinada hacia el otro para proveer afecto y cuidado. Ese acto es atender la herida (es decir, *vul* una de las acepciones de vulnerable) de la otra desde la propia vulnerabilidad. De esta manera la vulnerabilidad de la vida se transforma no en un elemento a ser apartado de nuestras vidas sino en un campo de lucha que permite que las resistencias germinen y se potencien.⁶

Juan Carlos y Carlos viven sus vulnerabilidades desde la mutualidad y la interconexión no sólo entre sí, sino además con los otros que les interpelan, desde sus propias vulnerabilidades, generando espacios de resistencia y cuidado. Por lo que escuchamos de sus múltiples voces, ese abrazar el cuidado como joya de la expresión más coherente de las espiritualidades viene de las acciones de mujeres que van en busca de rescatar el territorio cuerpo, de escharbar hasta en el último montoncito de tierra hasta recuperar los restos de sus queridos, aquellos asesinados por los sistemas de opresión que nos habitan. Ellas, las mujeres buscadoras, mueven sus espiritualidades sobre caminos inciertos, pues a veces hay que dejar atrás la seguridad de lo querido / presente para buscar lo querido / arrebatado. Ese espacio de incertidumbre mueve la espiritualidad para mover el discernimiento, y desde ahí se transforman en alternativas que claman contra las estructuras de la colonialidad del poder, en donde quiera que se encuentren o se manifiesten.

¿Quiénes escriben?

Una de las riquezas de este escrito a cuatro manos es que nos hace *sentipensar* en un quehacer teológico relacional, en el que la imagen del teólogo / varón solitario es sustituida por varias voces y cuerpos que hilvanan junto a los dos autores. Emergen así pensamientos teológicos que se escriben no sólo a cuatro manos, sino con incontables manos, ojos, oídos y cuerpos, que se van sumando a ese proceso que los autores llaman discernimiento. Aunque la teología de la liberación hizo un gran esfuerzo metodológico por construir fuera de la soledad académica integrándose a las comunidades, no es menos cierto que con el tiempo se quedó confinada a los espacios de seminarios o universidades, conversando sobre y no junto a. Aún hijos de la teología de la liberación, Carlos y Juan Carlos abren sus alas de cóndor para que los vientos inciertos de la *Ruah* los lleven con aquellos que inicialmente no fueron nombrados por la teología de la liberación: mujeres, cuerpos afirmadas como mujeres, personas racializadas, personas de la diversidad sexo genérica, y la tierra / territorio. Mendoza y La Puente se desnudan ante

6 El concepto de la vulnerabilidad como un posible espacio de lucha e inclinación por los otros es discutido por la filósofa y feminista Silvia López Gil en su tesis doctoral. Ver: López Gil, Silvia.

Filosofía de la diferencia y teoría feminista contemporáneas: ¿cómo pensar la política hoy?, 2013.

nosotres en sus vulnerabilidades para vestirse con los nuevxs pobres, que tienen sexualidad, alegría, dolores y contradicciones, que zigzaguean en búsqueda de nuevas posibilidades que nos hacen cuestionar los sistemas en los que vivimos.

Esta valentía metodológica es fundamental para conducirnos a teologías descolonizadoras: teologías que reconocen que los saberes son múltiples, que reconocen que en estas tierras de AbyaYala el cristianismo institucional fue y es protagonista de un genocidio epistémico que silencia y demoniza otras maneras de imaginarse en los espacios teológicos y espirituales. Los sistemas que esconden la diversidad de saberes son producto de sociedades extraccionistas y mercantilistas, en las que incluso la espiritualidad puede convertirse en una mercancía eclesíastica y teológica.

Desde dónde

Sentipensando con Mendoza y La Puente nuestras pieles van entrando en diversas geografías: México, Perú, Oregón, Colombia, Brasil, Puerto Rico, Kenia, que son vividas, paradójicamente, desde un no lugar. Ese no lugar, espacio fronterizo o marginal, nos convoca a aspirar a una casa Tierra sin fronteras, y en afirmación de los territorios / cuerpos. Los autores nos indican que son precisamente los espacios de no lugar, de no ser, de incomodidad epistémica en donde nos encontramos con las revelaciones más impresionantes de las “anarquías divinas”, que no se cansan de provocarnos hacia la movilidad, hacia un constante devenir. Estas anarquías divinas resisten el intento de secuestro de las instituciones religiosas imperiales y coloniales. Tienen un proyecto otro entre la topografía desértica de Sinaloa, en el cañón de Arequipa o en medio de nuestras urbes latinoamericanas y caribeñas, llenas de contradicciones y paradojas.

Nuestro recorrido vuelve en espiral a África, desde donde salimos para esta vez contemplar la montaña más alta del continente africano, el Kilimanjaro. Este conjunto de tres volcanes que apunta al universo con su resplandor blanco experimenta la paulatina retirada de su nieve. Con una pérdida anual promedio de 2.5 por ciento de 1989 a 2007, pareciera que la tea africana está por dejar de ser. Y es desde esa belleza amenazada que la *Ruah* sopla en Juan Carlos y Carlos y nos vuelve a provocar para llamarnos al discernimiento, a la movilidad que nos lleve a encontrar nuevos signos de vida y de esperanza aún en medio de aquello que es consumido por la voracidad de sistemas carentes de amor por la tierra y todos sus habitantes. La *Ruah* sigue soplando desde las corporeidades / espirituales que nos muestran las posibilidades de nuevos soles y nuevos tiempos, nuevos ritmos en un concierto continuo de esperanza.

Carmenmargarita Sánchez de León
Ciudad de México, 4 de octubre de 2022

Introducción

El cielo estrellado de la sabana africana nos acoge para sentirnos como en casa, luego de largos viajes geográficos y de días intensos de intercambio de experiencias y palabras con comunidades que cuidan la frágil vida en estas tierras que son la cuna de la humanidad.

Más que el congreso que nos convocó para pensar el presente y porvenir de las comunidades eclesiales en África, nos tocó con una fuerza inesperada la visita a Kibera, el barrio-ciudad de Nairobi que con frecuencia se describe como la *favela* más grande del mundo, con cerca de un millón de habitantes. Pero en las grietas de esa aplastante placa de marginación urbana descubrimos brotes de vida que irrumpen con una fuerza sorprendente. Leonora habla con voz potente y clara. Su cuerpo irradia trabajo y fuerza, con su sonrisa franca y su palabra informada nos habla de las escuelas y comedores populares que una red de mujeres ha formado desde hace años, con el apoyo de algunas instituciones nacionales y extranjeras, para cuidar de la niñez abandonada a su suerte o en orfandad a causa de la guerra, la migración interna o los efectos de aquella otra pandemia que azota África desde hace décadas: el VIH-SIDA. Los coros y los bailes con los que nos reciben las niñas y los niños sonrientes, acompañados por sus maestros, son a la vez fiesta y clamor que busca tocar el corazón de quienes quieran ser parte de una comunidad en proceso permanente de gestación. El sabor del maíz cocido que nos ofreció Kalasina en su puesto de venta de verduras que trabaja para obtener ingresos para su familia y para la escuelita aún nos queda en el paladar. Las palabras de Moisés, uno de los maestros, contando su propia historia de vulnerabilidad durante la infancia y sobre su coraje para enfrentar la marginación, resuenan como un eco potente de clamor y de consuelo que mana esperanza.

Con esas y tantas otras experiencias en el corazón y la mente llegamos a un parque nacional en Kenia para escuchar a las bestias y contemplar la cumbre del Kilimanjaro antes de que desaparezca su glaciar. Llegamos allá con la esperanza de que esos cielos y esa tierra nos dejaran ver vislumbres de aquel mundo ancestral que vio nacer a la humanidad como especie –un mundo que necesitamos cuidar y habitar de otros modos que no sean la depredación y el extractivismo.

¿Qué mejor entorno para retomar en ese espacio-territorio nuestra conversación sobre la espiritualidad y el discernimiento en tiempos de incertidumbre global, donde releímos lo compartido en nuestro intercambio epistolar virtual por el que nos propusimos invitar a otras personas a sumarse a esta conversación? ¿Cómo podemos contarles a ustedes que nos leen ahora quiénes somos y qué

caminos hemos andado en el Perú, México y otras tierras americanas, que han motivado estas conversaciones? ¿Por qué deseamos compartir con ustedes estos pensamientos e intuiciones que animan nuestra pregunta por la espiritualidad hoy? ¿Quiénes nos han enseñado a estar juntos para coexistir como las bestias de la sabana africana que hemos contemplado azorados estos días? ¿Hacia dónde intuimos que las comunidades de vida y cuidado mutuo nos conducen en estos tiempos inciertos?

Al releer estas páginas escritas a cuatro manos, coincidimos con el buen amigo Elías González, quien, habiendo leído el manuscrito, nos preguntó cómo podríamos hacer accesibles a quienes nos lean las motivaciones que nos movieron a escribirlo y por qué podría ser útil leer y reflexionar sobre estas líneas. Tras esas preguntas, al anochecer, nos dimos tiempo para conversar sobre ellas y poder compartir en estas primeras páginas lo que nos ha movido a escribir este libro a cuatro manos.

La Ruah

Las manos de Margarita danzan mientras hace memoria del banquete inclusivo de Jesús con cantos y oraciones, al concluir un retiro en un pueblo de los valles centrales de México. Aletean como la *Ruah* divina para consagrar nuestros cuerpos como lugares de bendición y de comunión. Esta imagen de un ritual comunitario de *acuerpamiento* como reconocimiento de mutualidad, de proximidad y compromiso de unos con otros, refleja ese fondo interior que nos anima, al que llamamos espiritualidad, para recibir la fuerza vital de la *Sofía* divina que nos convoca a crear mundos otros como respuestas de indignación y esperanza a la violencia sistémica en la que estamos inmersos. Pero esa *Ruah* nos mueve también a discernir respuestas a la vida amenazada que es marginalizada por diversas causas para soñar e imaginar caminos de redención en medio de esa historia rota de la humanidad herida. Anhelamos, así, que otros emprendan caminos de mutuo acompañamiento.

La incertidumbre de nuestro tiempo

Este caminar compartido nos ha ido abriendo la mente y el corazón para dejarnos interpelar por quienes el mundo no ve o ignora, pero con quienes buscamos caminar: pueblos originarios, migrantes, mujeres, colectivas LGBTQ+, personas discapacitadas y tantas más que hacen de su lugar de exclusión un espacio de indignación, resiliencia y resistencia. Esta ruta implica también afinar el oído y

aprender el diálogo con otras culturas para comprender mejor la *incertidumbre* de nuestro tiempo, a la vez que saborear con fruición la vida que surge desde las resistencias. El clamor de Cleusa, teóloga del *teoquilombismo* quien, con su pasión por la vida, la justicia y la compasión, nos ha abierto nuevos caminos.

La esperanza en la potencia de los sobrevivientes

La fuerza de Chayito como madre sobreviviente a su hijo desaparecido hace años es una potencia de esperanza en medio de la desesperanza que reina en más de 120,000 familias que atraviesan el mismo drama en México desde hace dos décadas. Con ella hemos aprendido a llorar y reír al mismo tiempo, a indignarnos en la plaza pública y a rascar la tierra buscando restos humanos. Su resistencia, pero sobre todo la fuerza de su amor materno, nos arroja a la vez que nos punza el alma como un aguijón que duele. Con ella también hemos aprendido a caminar.

El comienzo de nuestro mutuo acompañamiento

Nos conocimos hace dos décadas estudiando de manera comunitaria problemas sociales latinoamericanos en relación con la teología, en el programa de maestría en pensamiento latinoamericano del Instituto Pedro de Córdoba, que en aquellos años llevaban los dominicos en Santiago de Chile, avalada por la Universidad de Artes y Ciencias Sociales (ARCS). Era un proyecto de innovación en la formación académica que buscaba recrear un estilo comunitario de enseñanza-aprendizaje, viviendo en la misma casa estudiantes y profesorado, compartiendo tanto el aula como la vida diaria, momentos de trabajo, de estudio, de rituales y de fiesta, en el espíritu que animó a los dominicos hace cinco siglos en tierras americanas a pensar y actuar en contexto de colonización.

La teología de la liberación fue el terreno compartido y explorado en aquellos años, siguiendo las reflexiones de una teología de los signos de los tiempos, enraizada en la predicación de los primeros dominicos en el continente americano, como Pedro de Córdoba y Bartolomé de Las Casas. Pero los releíamos con la perspectiva abierta por Gustavo Gutiérrez en el Perú, la pastoral del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra en Brasil y la teología india de comunidades mayas, aymaras y quechuas. Y aprendimos a vincular esas luchas por la justicia con enfoques modernos de un nuevo modelo social y político que explorábamos en el pensamiento crítico europeo y latinoamericano de la segunda mitad del siglo xx.

Ahí nació una amistad que ha ido madurando con los años. Desde el inicio, la preocupación primera de Juan Carlos fue cómo nutrir la práctica de defensa

de derechos humanos con la espiritualidad y viceversa, y también cómo sostener esperanzas yendo más allá del activismo social y religioso. El trabajo teológico de Carlos se iba moviendo del diálogo inicial de la teología de la liberación con el pensamiento liberal europeo hacia una labor de escucha atenta de los pobres y olvidados, las víctimas y los excluidos que tienen su propia palabra y sabiduría, para tejer con sus saberes una teología desde las víctimas y sus resistencias.

Con los años, la teoría mimética, el pensamiento descolonial y la teoría *queer* se irían incorporando en esta red de vida y pensamiento que Juan Carlos y Carlos comenzaron a tejer con amigxs y compañeros de los suburbios peruanos y brasileños, del altiplano mexicano, y de la costa noroeste de Estados Unidos, que vivían encrucijadas similares donde activismo social y espiritualidad se invocaban mutuamente.

En el verano de 2016 se concretó un encuentro en Puerto Rico, y allí, rodeada de un abrazo entre Juan Carlos, Carlos, Ron y Melissa, quedó sembrada la semilla del Mutuo Acompañamiento Espiritual y Teológico que, a lo largo de siete años hasta ahora, ha seguido convocando a más compañeros de diversas latitudes del planeta para nutrirnos con nuestras experiencias, prácticas y pensamientos. En esta tierra fecunda nace este libro que, en realidad, es una carta abierta de amistad social y espiritual para convocar a quienes sientan esa misma inquietud en sus vidas.

Movidos por esta historia compartida, con sus inquietudes, intuiciones y experiencias, atando cabos sueltos del acompañamiento a movimientos sociales de mujeres, migrantes, quilombos, comunidad LGBTQ+, pueblos originarios y tantas otras subjetividades y colectivas invisibilizadas, surgió la idea de escribir este libro a cuatro manos.

Hace un año, en Boston, en un encuentro de amistad fraterna que creamos para acompañarnos en la experiencia de la migración en tierras del Norte, surgió la idea de escribir este itinerario que busca ayudarnos a “beber de nuestro propio pozo”, como nos invitó a hacerlo Gustavo Gutiérrez hace varias décadas. Volver a las fuentes significa hoy, para nosotros, contar estas historias de espiritualidad y discernimiento.

Pensamos, finalmente, que sería bueno compartir estas vivencias y reflexiones con quienes hemos caminado, pero también abrir la conversación a quienes tengan esta misma sed de mutualidad en la hora presente de incertidumbre global para descubrir nuevos caminos de espiritualidad y discernimiento.

Sirvan estas líneas como invitación a sentarnos en una mesa común de palabra compartida, a la espera de futuros encuentros en la amistad social por la *Ruah* que nos anima a tejer redes de mutuo acompañamiento para buscar justicia con memoria y paz con verdad.



I

Umbral

Boston, 17 de enero de 2022

Tras dos años de pandemia, hemos ido descubriendo con azoro como humanidad nuestra fragilidad constitutiva como creaturas que habitamos un entorno frágil y potente a la vez. La interdependencia de todos los seres que poblamos la Casa común se hace cada vez más patente por dos fenómenos en apariencia inconexos, pero íntimamente relacionados: el cambio climático y la interconexión digital global. El cambio climático nos ha hecho caer en la cuenta de que el equilibrio ecológico depende de todos y las redes digitales nos muestran un nuevo modo de tejer relaciones virtuales.

Movidos por los vertiginosos cambios que enfrentamos, querido Juan Carlos, deseamos sembrar y cultivar en este libro escrito a cuatro manos y dos corazones una idea germinal surgida en nuestras conversaciones sobre la vida interior y comunal que la *Ruah* divina inspira en estos tiempos inciertos. Así cultivamos el mutuo acompañamiento en estos tiempos de incertidumbre y esperanza.

Dos nombres antiguos han venido a nuestros labios en los intercambios en Boston, Portland y en la nube virtual: discernimiento y espiritualidad. Vayamos explorando cada una de esas profundidades de la vida interior y comunal, aprendiendo a nombrar con nuevas palabras eso que fluye en el silencio de la meditación, así como en la vida compartida con otros en diversos foros, sean templo, plaza pública o bóveda celeste nocturna. Tal vez, al concluir este recorrido, las viejas palabras cedan el paso a nuevas formas, metáforas y símbolos para contar las historias de *acuerpamiento* que vamos descubriendo con quienes coincidimos en esta vida. Seguramente sacaremos del pozo de los ancestros palabras sabias o provocadoras, tal vez preguntas sin respuesta, pero con fuerza para abrir un horizonte donde quepamos todos.



Quisiera comenzar contando una historia que vivimos juntas hace un lustro. Nos reunimos con compañeres del Mutuo Acompañamiento Espiritual y Teológico en Cuernavaca, México, para cerrar un ciclo anual del camino compartido que estuvo dedicado a fortalecer nuestras vidas y compromisos sociales y pastorales de cercanía con personas y comunidades vulnerables y en resistencia, tanto en México como en Estados Unidos, Perú y Brasil. El ritual final de comunión y acción de gracias fue co-presidido por todes, con meditaciones acuerpadas a ras del pasto fresco de la mañana, cantos y danza ritual bajo las copas de framboyanes en flor, textos sagrados y meditaciones grupales en torno al estanque de agua. Gestos y movimientos que nos prepararon a partir el pan y compartir la copa de la alianza en memoria de Jesús de Nazaret y de las personas justas de la historia. Una de las frases que más resonó aquel mediodía fue la que expresó con claridad meridiana Carmenmargarita Sánchez de León: “Volvamos a la fuente de las espiritualidades que fueron secuestradas por las religiones”. Mientras cantábamos la oración de bendición de los dones guiados por esa mujer de fe recia y gozosa experimentamos un modo de ser *comunal* que surgía desde nuestra diversidad reconocida, aceptada, bienvenida. Diversidad de cuerpos y sexualidades, de tradiciones religiosas y espirituales, de raíces étnicas y culturales –todas convocadas a la mesa común de la Sofía divina.

Me parece que esa experiencia de camino espiritual compartido nos acuerpaba de un modo provocador y nuevo. Nos consolaba. Nos fortalecía y lanzaba al desafío de volver a casa, a la familia y comunidad, al templo y a la plaza pública local o global con nuevos bríos. Era una expresión de *discernimiento comunal* y de *espiritualidad encarnada* en un contexto de tiempos inciertos.

De esa fuente experimentada en aquel retiro quisiera ahora beber contigo el agua de la vida interior que anhelamos nombrar juntas en este libro escrito a cuatro manos y dos corazones. Vida interior que solemos describir como *discernimiento* en su dinamismo interno y como *espiritualidad* en su dimensión expresiva que nos abre a un mundo nuevo de relación viva de proximidad con les otres, sea el prójimo, la casa común o el Amor que todo lo puede.



Para iniciar la conversación quisiera contarte lo que entiendo ahora por discernimiento y por espiritualidad en este momento meridiano de mi vida para meditar luego con atención tu propia palabra y reflexión sobre estos mismos temas. Por supuesto, tengo la certeza de que iremos balbuceando juntas otro lenguaje, otras palabras y otras metáforas, que nos permitirán pronunciar con nuevos tonos de voz esa fuente de vida, dignidad y sentido que llamamos vida interior y comunal.

El discernimiento fue una práctica monástica del cristianismo antiguo de la *fuga mundi*, que nació en medio del colapso del imperio romano. En aquellos siglos, padres y madres del desierto en Asia menor rechazaron la *Pax Romana*, basada en la idolatría del poder de la época, para ir en pos de algo diferente, practicando la meditación y la ascesis para alcanzar la *contemplatio*. Ese modo de vida representó una verdadera *contracultura* ante la sumisión de los pueblos al imperio de la época, basada en un ejercicio constante de conocimiento del mundo interior del deseo, los ídolos, los sueños y las falsas imágenes de sí que con frecuencia vivimos los seres humanos de cualquier época.

Aquella práctica monástica contracultural fue convirtiéndose, con el paso del tiempo, en un uso y abuso de un poder moralizante que, por desgracia, fue negando el cuerpo y la sexualidad, el hambre y el trabajo, el gozo y el abrazo amoroso como espacios de divinización.

En tiempos medievales, el discernimiento de espíritus estuvo asociado a la *vita moralis*, entendida como una actualización de la gracia de Cristo, según decía Tomás de Aquino. Las personas místicas de aquellos siglos de cristiandad medieval y modernidad incipiente describían la espiritualidad como el cuidado de la chispa divina en el alma en expresión de Juliana de Norwich, el desapego del yo en voz del Maestro Eckhart, la luz oscura en el espíritu humano creado, según decía Ruysbrockio, o como la “celda interior” que refirió Catalina de Siena, donde Dios le habla al alma como en un tálamo nupcial.

Siglos más tarde, Ignacio de Loyola recuperó la importancia del discernimiento de espíritus “para alcanzar amor” como parte de un profundo proceso de vida interior ligado a la toma de decisiones que permitan a la persona en discernimiento seguir con mayor libertad a Jesucristo como modelo de vida compasiva y entregada al prójimo por amor. Así nació el discernimiento ignaciano con un sello moderno de introspección para la acción, como forma de espiritualidad que ha animado por quinientos años a muchas comunidades de vida cristiana.



Quizás hoy, en tiempos de crisis de otro imperio, ahora global, sea la ocasión para visitar de nuevo aquellos testimonios fundacionales, tanto antiguos como modernos, de la exploración de esos recovecos de la interioridad. Sin duda, en nuestro contexto de crisis de la modernidad, el psicoanálisis, la psicoterapia y las sabidurías de los pueblos nos ayudarán a recorrer esos ríos subterráneos de los sueños, la memoria, los miedos, los traumas y los anhelos de plenitud para distinguir (*discernir*) ahí la savia vital que es preciso preservar y dejar fluir, separándola de los desechos del ego que no valga la pena conservar.

Pero no se trata de un camino interior solitario. Si bien es intransferible, esa experiencia de ser yo es un don recibido de otros, con todas las máscaras y oportunidades que representa en cada nueva relación, de entrada, el misterio de nuestro yo interior —ese *inner Self* tan explorado y celebrado por el gran Thomas Merton. Para empezar, se trata de un regalo recibido de los ancestros y de las creaturas que nos acompañan en la Casa común. Y, en su fondo radical, designa un yo interior que se descubre inhabitado por una alteridad amorosa de nombres diversos.

Situados en “la región del no ser”, como lo recordara Frantz Fanon, no hay que olvidar que, en tiempos de trauma, ese yo interior se constituye rememorando a quienes nos faltan porque estamos incompletos hasta no estar de nuevo juntos. Si algo ha nutrido en los últimos tiempos mi discernimiento interior es la sabiduría de las familias de personas desaparecidas en México que buscan sin cesar a sus hijos. No hablo solamente de los 43 estudiantes de Ayotzinapa que nos faltan desde 2014, sino de las más de cien mil personas procedentes de todo el planeta desaparecidas tan sólo en el territorio mexicano en los últimos quince años. Y así podríamos evocar, en todo el mundo, a quienes nos ha sido arrebatados por diferentes traumatismos sociales, desde el feminicidio hasta la trata de personas en movilidad forzada.

En ese sentido, hoy el discernimiento evoca para mí un proceso liberador de los miedos y curación del trauma —camino interior que nos prepara para vivir con dignidad, memoria y verdad, olvido y tal vez perdón, cuando sea posible, para sembrar semillas de una ardua labor de reconciliación en estos tiempos de violencia extrema.



La palabra *espiritualidad* me parece un campo minado al que hay que acercarse con mucha precaución por la historia de negación del cuerpo, el deseo, la sexualidad, el género, la cultura, la tierra y tantas otras facetas de las personas y los pueblos que han sido negadas en aras de la religión como instrumento de colonización.

En nombre de la espiritualidad, la Iglesia católica romana ha negado por dos mil años a las personas de la comunidad LBGTIQ+ su dignidad como hijas de Dios; les ha negado su derecho a vivir y expresar su sexualidad con libertad responsable. En nombre de la espiritualidad de un Cristo varón se ha negado por milenios a las mujeres su dignidad como personas con equidad de derechos para servir a la comunidad en nombre de Cristo y de la Iglesia. En nombre de la espiritualidad del clero se ha negado a la mayoría del pueblo de Dios (*laos*) su dignidad irrevocable como hijas e hijos de Dios para ser miembros activos del cuerpo de Cristo. Esas espiritualidades, en el fondo, niegan la encarnación del Verbo de Dios como

fuente e inspiración de toda expresión del cristianismo, desde la dignidad de cada persona hasta su expresión propia en cada comunidad y pueblo.

La espiritualidad, sin embargo —como fuerza de la *Ruah* que aletea sobre el caos original y sobre el caos histórico desde los orígenes del mundo y de la humanidad en la narrativa bíblica— es la fuerza que anima a los sobrevivientes a reconstruir sus cuerpos, sus territorios y sus formas de vida en común tras haber padecido cualquier traumatismo social, ecológico o político. Indignación, resistencia y resiliencia forman un tríptico de aquella vida interior que incendia el mundo desde abajo, desde el reverso de la historia, desde los escombros de la modernidad instrumental.

Se trata de una espiritualidad vital que es *insurrección mesiánica* animada por el espíritu del Crucificado-que-despertó. Esa fuerza de una comunidad de sobrevivientes la he venido rastreando desde hace algunos años en mi vida personal y de pensamiento, buscando sus indicios en la historia negada de las víctimas sistémicas, en la poesía de la vacuidad y en el pensamiento filosófico que avizó la catástrofe del gran relato moderno. Ahora la nombro como *an-arquía divina* porque está “más acá” de todo orden, principio y fundamento. Esta intuición ha sido para ti también un chispazo que te ha permitido reconstruir tu experiencia y lenguaje sobre Dios.

En estos tiempos que nos ha tocado vivir entre los escombros del sueño prometeico moderno, la espiritualidad se revela como una potencia de experiencia que subvierte la muerte, por ejemplo, como fuerza de indignación que viven las víctimas que dicen basta a los procesos de muerte. Pero esa vida del Espíritu se manifiesta también como gozo y danza de cuerpos liberadas, de hijas e hijos identificados en sus restos mortales devueltos a sus familias.

Al fin y al cabo, espiritualidad es la de la vida que enfrenta la muerte mafiosa desde los sobrevivientes de todos los tiempos —espiritualidad como resistencia a la ola de la violencia sistémica. Espiritualidad que es, a contracorriente, alumbramiento de mundos nuevos.



II

Levante

Portland, 16 de febrero de 2022

Querido Carlos, gracias por la generosidad de tus primeras páginas. Es fortificante ver cómo nuestras conversaciones de tiempo atrás se hacen presentes en palabras escritas, alimento para nuestros compromisos ahora.

Con tristeza en el corazón, pero al mismo tiempo con fuego de rebelión, sitúo el desequilibrio ecológico global que enfrentamos como una invitación a la cual hemos de escuchar con valentía, es una llamada de la Vida para la Vida, para quienes confiamos en la potencia transformadora de la *Ruah* divina.

Sin negar lo doloroso que es reconocernos causantes del cambio climático, de la exterminación de muchísimos seres y del sofocamiento de nuestra Casa común, ese mismo reconocimiento es eco de una llamada.

Me parece que es una invitación a acercarnos vulnerables, a invocar desde nuestra orfandad sentida como nunca, a evocar nuestras historias escondidas y condenadas por los sistemas hegemónicos-depredadores en los que estamos implicados, y convocar diversas vocaciones colectivas que anhelan cuidar la Vida a partir del reconocimiento de nuestra interdependencia inseparable de todo ser.

En otras palabras, cómo acercarnos, cómo invocar, cómo evocar, cómo convocar en estos tiempos inciertos.

Predicado

Creo que nuestro diálogo sobre la vida *interior* y la *comunal-territorial* está intentando balbucear sentires y respuestas ante tales preguntas.

Por un lado, ¿cómo acercarnos sin perdernos en el intento?; esto es: sin dejar la *vida interior*.

Veo aquí el lugar de la escucha a nuestras rebeliones profundas, aquellas que nos habitan y persisten aún en medio de los cálculos colectivos de sobrevivencia. Entran aquí también la escucha y la atención a nuestros dolores internalizados

y acumulados por generaciones en nuestros propios cuerpos y la compasión a las reacciones que de ellas se derivan.

La *vida interior* tiene que ver con la posibilidad del no juicio, del no cálculo, y con la posibilidad de la quietud, ambos correlatos de un tiempo y espacio nuevos, presencia que redime y descanso que despierta. Su opuesto, no-vivir, es amenaza que angustia y apremio que adormece.

Por otro lado, ¿cómo acercarnos sin escondernos juntos en el intento?; esto es, sin ignorar las heridas de la *vida comunal-territorial* que sangra a través de miles y miles de personas, animales y seres en la aldea global.

La *vida comunal-territorial* es la relación misteriosa que nos sostiene abriendo espacio o, mejor dicho, pariéndonos; sí, pariendo con esperanza nuestro aprendizaje de ser-con-otros.

Llevamos en nuestros cuerpos las plegarias de la vida comunal; son plegarias que claman por el cese de nuestra ignorancia y el cese de nuestra orfandad de la Vida. Sangre y plegaria corren por nuestras venas.

Es a la misma *vida comunal-territorial* en la cual nos adentramos en la *vida interior* y es a la misma *vida interior* a la que nos adentramos en la *vida comunal-territorial*. Los dolores profundos y las rebeliones que nacen en el seno de la *interioridad* no son sino los espejos de las heridas y las plegarias de la *vida comunal-territorial*.

He sido testigo de cómo en la *vida comunal-territorial* acontece que ésta enmudece sus propias heridas y plegarias y por ello he visto cómo la *vida interior* es llamada de redención para la *vida comunal*. Asimismo, he presenciado cómo en la *vida interior* acontece que ésta silencia sus propios dolores y rebeliones interiores y así he podido vivenciar cómo la *vida comunal-territorial* deviene camino de verdad para la vida interior.

Ambas dimensiones —*interior y comunal-territorial*— se necesitan, se buscan, se encuentran, y se redimen.

Sujeto

En nuestras conversaciones no sólo hemos hablado, sino muchas veces, hermano, hemos sido silenciados en un silencio que ausenta y presenta a la vez una experiencia más allá de la experiencia: Ultimidad, Hontanar, Hervor, Viento, *Ruah*.

Volvimos a hablar, y la palabra *espiritualidad* viene a ayudarnos a trascender toda pretensión de control sobre la llamada a la *vida interior* y *comunal-territorial*; y, del mismo modo, la palabra *discernimiento* viene a protegernos de todo intento de dominio sobre la respuesta a dicha llamada.

Ha sido así, creo yo, que en el intento de balbucear juntos respuestas a cómo acercarnos, cómo invocar, cómo evocar y cómo convocar desde nuestra

vulnerabilidad e impotencia sentida ante la catástrofe global, nos hemos acercado a las profundidades de la *vida interior* y la *vida comunal*: la *espiritualidad* y el *discernimiento*.

Entiendo la *espiritualidad* como el *ser-movidos*, y el *discernimiento* como el *dejarnos-mover*.

Dicho movimiento es amoroso, es *acercarse*, *invocar*, *evocar* y *convocar juntos*. Tú, hermano, hablas de *acuerparnos*. Qué bello. Nuestra amiga brasileña Cleusa Caldeira habla de *re-existir juntas*, y nuestro amigo mexicano Elías González habla de *re-ligarnos*.

Dejarnos-mover adoptaría así muchos nombres que traslucen diversas formas de *vocación colectiva en comunión* con nuestros abuelos y abuelas, ancestros y ancestras, con generaciones futuras y con la emergencia interdependiente de todos los seres.

Al igual que la *vida interior* y la *vida comunal-territorial* están implicadas una en la otra; del mismo modo lo están la *espiritualidad* y el *discernimiento*. No *somos-movidos* sin *dejarnos-mover* y no nos *dejamos-mover* sin *ser-movidos*.

He escuchado muchas veces cómo podemos –NOSOTRES– hacer esto o lo otro de manera más perfecta, más profunda, más precisa, más duradera, más y más, y más...

También soy testigo de un NOSOTRES que se levanta y apunta al futuro con sueños y propuestas pero que teme encontrarse y reconciliarse con su propio pasado que adviene en múltiples rostros en el presente.

¿Quién es el sujeto? Creo que la *espiritualidad* y el *discernimiento* apuntan a mantener esta pregunta como lámpara en nuestro caminar. Si es difícil definir quién es sujeto de la llamada y de la respuesta, entonces es buena señal, puesto que será difícil así controlarlo o, incluso, ¡cooptarlo!

El término *anarquía divina* con el que pretendes comunicar aquellos destellos de luz a partir de la historia negada de las víctimas sistémicas, la poesía de la vacuidad y el pensamiento filosófico que dejó atrás la noche del relato moderno, ayuda muchísimo a mantener esa lámpara encendida.

Creo que caminar más ligeros, sí, mucho más ligeros, sería un indicador de *ser-movidos* y de *dejarnos-mover*. *Mi carga es ligera*, decía Jesús de Nazareth. Caminar más ligeros implicaría también que somos accesibles para otros y que otros se sienten ligeros en el encuentro con nosotros. Sin pretender atribuir la misma experiencia a otros, debo confesar que nunca me sentí aligerado en un palacio obispal o en cualquier catedral; ni en el mismísimo altar. Por el contrario, es en la itinerancia que encontré los más bellos altares co-presididos por todes, como tú bien indicas, hermano, al hacer referencia a nuestro encuentro en mutuo acompañamiento espiritual y teológico en el año 2017 y en los años sucesivos. Asimismo,

en la intemperie institucional he venido encontrando la más bella de las comunidades: la amistad.

Y si en algún momento logramos ponderar en nuestro caminar el encuentro con los otros-no humanos, podríamos preguntarnos desde ahora, ¿somos accesibles para los bosques y para los animales? ¿Se sienten los bosques ligeros o se sienten los animales ligeros en el encuentro con nosotros? Creo que los otros-no-humanos son espejo de la liviandad con la que caminamos.

Verbo

Traigo a nuestra conversación dos imágenes que podrían reflejar los verbos que aunarían sujeto y predicado hasta ahora.

En el cañón del Colca, en Arequipa, departamento sureño del Perú, he podido apreciar a los cóndores. Son aves enormes. He visto cómo abren sus alas y sólo sintonizando con el viento alcanzan velocidades impresionantes. Incluso, he llegado a verlos también en la costa. Dicen que van y vienen dependiendo del hambre. El viento los lleva de forma ligera, es el viento en conjunción con sus alas-sin-esfuerzo que hace posible el milagro que las sostiene vivas.

Dejarse mover y ser movido, discernimiento y espiritualidad aparecen como el *abrir alas con el favor del viento*, y el *viento* mismo.

¿De dónde viene el viento?, y también ¿cómo describiría el abrir las alas con el favor del viento? Son preguntas para profundizar en nuestro diálogo. Por ahora, bastaría decir que cuando ambas alas se extienden con el favor del viento —*discernimiento*, es cuando inicia el ser poseído por el viento, ser movidos —*espiritualidad*.

En el primer testamento, en la biblia hebrea, en el libro Génesis, encontramos que antes que la palabra, estaba la *Ruah* aleteando. Viento y aleteo van juntos como con los cóndores. Y luego, sólo como engendradora a partir de ese aleteo, acontece la palabra creadora, palabra que provoca, invoca, evoca, y convoca nuevas formas de vida en la Vida y para la Vida.

Volveremos sobre esto seguramente más adelante.

Una segunda imagen es el movimiento no lineal e invitador que sería una danza colectiva que continúa invitando a otros a sumarse.

Somos movidos por la risa, la sonrisa, los ojos, los ritmos y movimientos de otros que nos invitan a danzar con nuestros propios cuerpos en sintonía; no de forma uniforme sino creativamente armónica con los cuerpos de los otros.

Para que la danza sea real hace falta la experiencia de *ser movidos* (*espiritualidad*), y al mismo tiempo la experiencia de *dejarse mover* (*discernimiento*). La danza

no es lineal, no es una suma de pasos consecutivos de forma lineal, sino una armonía colectiva de ritmos y movimientos que alegran e invitan a otros a sumarse sin perder sus propios cuerpos aún cuando incorporan un sujeto colectivo en el danzar.

¿Cómo hacer sitio con el propio cuerpo al cuerpo de les otros? Danzar es dar a luz, es hacer sitio para los otros para que siendo otros dancen –otredad moviéndonos también. *Dejarse mover y ser movidos, discernimiento y espiritualidad, aleteo y viento* dan a luz otros cielos y otras tierras donde quepamos todes.

Hablabas de acuerparnos.

III

Resplandor

Boston, 28 de marzo de 2022

Aleteo y viento

El vuelo del cóndor que has evocado, querido Juan Carlos, para hablar del discernimiento y la espiritualidad en movimiento, es una metáfora potente proveniente de tus tierras andinas. La asocié de manera inmediata con la danza que solemos realizar en los retiros del acompañamiento espiritual y teológico mutuo desde hace seis años en nuestros retiros.

Recuerdo con viva memoria el festejo al concluir el retiro de Jojutla en 2019. Arropades por una palapa, cúpula hecha con hojas de palma al estilo de los pueblos de México, al atardecer del último día del encuentro, comenzamos a bailar. Cada cual iba a su paso, buscando encontrar un ritmo que nos acompasara a todos. Era como un movimiento estelar vivido ahora en el microespacio de una terraza mexicana en una calurosa tarde de otoño. Ahí bailaba con nosotros Chayito, con su rostro resplandeciente a pesar de seguir llorando a su hijo desaparecido. Rondaba también Bosque, con su corpulento cuerpo cuir envuelto en una falda india y acompañado por un charango entre sus manos que pulsaban un son huasteco. Yoli y Arcadia, los compañeros de Oregon, se movían como colibríes, agitando sus brazos con agilidad y sus manos con gracia como dibujando estrellas. También bailaba casi con arrebatos TereMike, con su cuerpo cuir arropado con el rebozo que había usado como velo cubriendo su cabeza, al declamar un poema de Teresa la Grande en la meditación previa a la danza.

Esos fueron otros vuelos de cóndor que en aquella tarde otoñal se transmutaron en vuelos de tantas otras aves que surcaban nuestro cielo de Jojutla.

En efecto, son múltiples los aleteos de la *Ruah* de los cuatro vientos que se mueve con libertad. A veces sanando y acariciando a quien se siente dolido. Otras veces esa fuerza vital divina aviva y potencia a quienes resisten. Pero, a veces, también ella se mueve y abofetea a quien anda caído para que recupere fuerza, dignidad y arrojo. Se trata de la experiencia de “la bofetada en la cara” que es contada por la Biblia en varias escenas de vocaciones proféticas. Por ejemplo, cuando Elías

se esconde en una cueva, lleno de vergüenza y miedo porque se siente derrotado (1 Reyes 19: 9-15). Entonces la *Ruah* le llega como bofetada y lo enmudece (*demamáh*). Así lo contaba el gran educador popular de la Biblia en Brasil, Carlos Mesters, al hablar del pueblo de Dios que reacciona ante la opresión con indignación, pero que primero debe enmudecer. Así lo narraba también nuestro querido amigo James Alison al hablar de *la vergüenza como lugar teológico*, una vez que el falso yo se ha hecho pedazos por el proceso del chivo expiatorio que genera víctimas y resentimiento: sólo entonces, desde ese lugar de vergüenza, podemos comenzar a escuchar el tono de la voz de Dios, que es vivir “más allá del resentimiento”.

Cuando nuestros sueños de omnipotencia infantil se han hecho añicos, entonces podemos abrir las alas para que el viento de Dios nos inspire en ese movimiento interior de dejarse mover (discernimiento) y ser movidos (espiritualidad).

Dejarse mover y ser movidos

He mencionado un ángulo del discernimiento que, cuando seguía las clases de Paul Ricoeur en París hace muchos años, meditaba con temor y temblor: enfrentar el colapso de los sueños de omnipotencia como principio de una fenomenología de la subjetividad vulnerable, es decir, de aquellas personas que habían sobrevivido a las guerras del siglo xx y decidían reinventarse lamiendo sus heridas para ir más allá de su trauma y resentimiento.

Con los años he visto que ese colapso no solamente se refiere a un dolor interior generado por algún traumatismo —sea la guerra o el fracaso, la frustración o la negación padecida de muchas formas, como la violencia de género, de clase, de racismo y tantas más. Sino que se trata también del colapso de la narrativa hegemónica. Porque existe un quiebre en el modo de contar la historia que imponen los verdugos. Ese colapso solamente es posible gracias a las mismas víctimas que deciden hablar para revertir esas violencias, comenzando por contar sus propias historias de vida, de trauma, de resistencia y, al final, de resiliencia.

En el fondo, el colapso del ego evoca el llamado a enfrentar la vergüenza personal y colectiva de descubriarnos desnudos frente a nuestros deseos de poder. Ahí se ubica el punto de partida del camino de retorno a casa de la Sabiduría divina, que sólo es posible como camino del viento cuando comenzamos a *ser movidos* por la *Ruah* en las alas de una subjetividad liberada de sus miedos, traumas y resentimientos.

Por eso pienso ahora, siguiendo esta ruta trazada por la teoría mimética, que discernir es un acto de ir cayendo en la cuenta de nuestra complicidad con las violencias que aparecen en nuestras vidas. Muchas veces quedamos atrapados como víctimas en los laberintos de la negación de lo sucedido, de la frustración por

la violencia padecida, o del resentimiento que queda adentro como un veneno, o incluso del deseo de venganza que anida en el corazón resentido. Pero otras veces, cuando ejercemos el poder de los verdugos, necesitamos a alguien a quien acusar, señalar, menospreciar y, tarde o temprano, eliminar. Entonces quedamos atrapados en esos círculos viciosos de la rivalidad, de imposible deseo y de negación del otro.

Tal vez por ello, en tiempos de naufragio del ego moderno, el discernimiento del que hablamos abre la puerta al impulso de conversión del deseo. Nuestros modos de estar en el mundo, de ser con los otros, siempre atrapados en laberintos de soledad, las más de las veces negada, pocas veces asumida, comienzan a colapsar. Entonces surge la necesidad del “discernimiento de espíritus”, como se decía antes, para buscar, con la ayuda de un buen confesor o de alguna persona con don de interpretación, el llamado de Dios en la vida interior. Pero ahora, en medio de los escombros del sueño egoico moderno, sólo nos queda el discernimiento crítico de nuestro narcisismo, compartiendo con otras personas que asumen su propia vulnerabilidad. Juntos podemos discernir el deseo de poder, a veces travestido de virtud y honorabilidad, aunque las más de las veces se manifieste como una vida de ensimismamiento que nos hace seres prepotentes y vacíos. Tal discernimiento se torna así camino de liberación del falso ego que preside la mentira del sacrificio del otro en aras de mi sobrevivencia.



Pero también existe el discernimiento *comunal*, cultivado con muchos cuidados, por ejemplo, por la teología india maya.

Recuerdo con emoción el Encuentro de Teología India Mayense celebrado en el año 2016 en Bachajón, Chiapas. Más de mil personas congregadas, venidas de diversas comunidades mayas de Chiapas, Yucatán y Guatemala, se reunieron para “soñar juntos” el futuro que Dios promete para sus comunidades, porque percibían la necesidad de “desanudar el problema” de las jóvenes generaciones en las comunidades porque “ya no quieren seguir la tradición de las abuelas y los abuelos”. Un equipo de teólogos animados por la querida sabia y abuela Tina López-Bac preparó un camino de varios días para acoger de manera colectiva los sueños de aquellos días. Cada mañana nos reuníamos en grupos pequeños para leer los textos sagrados de la Biblia y del Popol Vuh que cuentan los sueños como voces de Dios. Así nos fuimos adentrando en un camino que luego nos condujo al tiempo vespertino vivido con rituales en torno al altar maya, animado con velas y con maíz de los colores de los cinco rumbos cardinales, porque los mayas agregan el rumbo cielo-tierra a los cuatro rumbos tradicionales; un camino de varios días que nos fue preparando para soñar durante la noche estrellada y luego volver al día siguiente a contar en corrillos nuestros sueños. El discernimiento

comunal se iba tejiendo así con la ayuda de intérpretes de los sueños. Entre todos reconocimos historias comunes de los sueños, símbolos recurrentes, animales que surgían en las historias, voces de los ancestros que aparecían como ecos, y otras señales que se cruzaban en nuestras narrativas. Así fuimos tejiendo una urdimbre hasta que el plenario recogió el *sueño comunal* que respondía a la pregunta que cada comunidad se había hecho para retomar la tradición con nuevos bríos, aceptando las nuevas historias, preguntas y los modos de vida de los jóvenes de las comunidades.

Inspirado en esta experiencia de discernimiento como sueño comunal me pregunto contigo ahora por el discernimiento que la *Ruah* mueve hoy en las comunidades esparcidas por toda la aldea global.

“Dejarnos mover”, nosotros, los varones, por la indignación de las mujeres, es un impulso que nos lleva a “ser movidos” a nuevas experiencias de masculinidad. “Dejarnos mover” por el “Ya basta” de los pueblos originarios nos lleva a “ser movidos” a volver a la tierra que nos cobija como madre. Y una experiencia nueva que estoy ahora viviendo en Boston me invita a “dejarme mover” por las personas con discapacidades que viven de modos alternos sus cuerpos y mentes para “ser movido” a modos otros de vivir el tiempo, el espacio, la conciencia y el deseo.

Al fin y al cabo, el discernimiento es un proceso sin fin para ser afectados por los otros y animarnos a transformarnos en creaturas nuevas, siempre más allá del mero deseo de ser por encima de los demás; aprender a “nacer de nuevo” por el agua de las profundidades del *yo-elles-nosotros* y por la *Ruah* que aletea de modos diversos como viento que sopla sobre el caos original.

Conversión y gratuidad

Es por eso que me atrevo a traducir hoy, para estos tiempos de crisis civilizatoria que vivimos por el Antropoceno-Capitaloceno, la palabra “discernimiento” por “conversión” y “espiritualidad” por “gratuidad”.

Intentaré balbucear ahora, con un tono más cercano a la experiencia de cualquier persona sobreviviente, la fuerza creadora de la *Ruah* divina en nosotros. El horizonte del discernimiento es la conversión de algún fardo que nos impide vivir y caminar y del que nos hemos de liberar. Una experiencia para dejarnos remover y caminar hacia algo para lo que “somos movidos” por una “alteridad que nos deletrea” como decía el poeta Octavio Paz.

Para cerrar este apartado de nuestra conversación, querido Juan Carlos, quiero dibujar con esos dos polos un campo-jardín en el que podemos florecer las personas, eligiendo el bien mejor y recibiendo la sobreabundancia del amor en tiempos de vida precaria.

Si bien discernir es una acción propia de la vida interior cultivada desde la antigüedad hasta los tiempos modernos, hoy necesitamos ir más allá del lenguaje intimista y egocéntrico del discernimiento que se centra en exceso en un individuo que se ha extraviado a sí mismo. El sentido último del discernimiento que parece en estos tiempos de violencia global cobra la forma de una *apertura*, un quiebre o una grieta, para “dejarnos mover” y salir del ensimismamiento, romper el círculo vicioso de la rivalidad y aprender a recibirnos de otros. Se trata de un nacer de nuevo, el leitmotiv de la conversión del profeta Elías como de la apóstola María de Magdala, pero tejiendo otros modos de lo comunal, otros acuerpamientos.

Como ya vimos antes, tener el valor de enfrentar las preguntas detonadoras en un momento crítico de nuestra vida es capital para dar paso a *lo nuevo* que está por nacer. Eso nuevo tal vez sea una palabra de perdón o un compromiso de pareja en la diversidad de vida. Pero también lo nuevo puede ser dejarnos interpelar por el corazón roto de una víctima a la vez que nos dejamos tocar por la belleza de las cuerpos cuir. Por eso, me parece que la conversión es sobre todo un cambio de perspectiva, otro modo de ser “más allá de la rivalidad” y de la “región del no ser”. El discernimiento nos capacita para ver lo que el sistema-mundo hegemónico invisibiliza. Un modo de escudriñar las señales del mundo nuevo que surge en las grietas del poder que mata.

“Entonces conoceremos como somos conocidos” (1 Corintios 3: 12), decía san Pablo para hablar de la *gloria* divina propia de los tiempos mesiánicos cumplidos. Pero la teología con vergüenza del cuerpo y del aquí-y-ahora trasladó esa gloria a un más allá etéreo que es más cercano al platónico mundo de las ideas que al tiempo de la redención que viene del Mesías crucificado. Esa gloria es la vida transfigurada de las víctimas que son remembradas, del pueblo oprimido que es liberado y de la comunidad de ancestros (humanos, animales, vegetales y minerales cósmicos) que es recibida en la comunidad *cosmoteándrica*, como decía el gran Raimon Panikkar.

La *gloria divina* es por eso el corazón del amor de gratuidad. Resplandor del tiempo mesiánico que siembran las personas justas en medio de las contradicciones de la historia rota por el afán de poder, la rivalidad y el sacrificio gracias a sus vidas entregadas en un amor de sobreabundancia.

Por eso cuando “somos movidos” por la *Ruah* divina entonces se despliegan alas incluso ahí donde hubo violencia sistémica criminal. Como dice el refrán del himno feminista creado por mi paisana Vivir Quintana, entonado por cuerpos de mujeres en las marchas y en los performances contemporáneos en las plazas de todo el planeta: “Nos sembraron miedo, nos crecieron alas”.

En la trama de esta historia rota, querido Juan Carlos, el discernimiento y la espiritualidad son un vaivén de la gloria divina en la gratuidad “donde conocemos como somos conocidos”, más allá del resentimiento, en el “más acá” de la vida divina que inunda la tierra.



IV

Tiempo nuevo

Portland, 7 de junio de 2022

Obra mayor, creación continua

Qué recuerdo más bello traes a la memoria, hermano, como lo fue la danza compartida en el retiro de Jojutla, México.

Estoy de acuerdo: la *Ruah* nos lleva a un ritmo que nos acompase a todes, y por ello requiere que nos detengamos en algunos momentos y prestemos atención a la oleada de gestos y ánimos que cada quien lleva. Algo así como si se tratara de pequeñísimos interludios entre secciones de una obra mayor.

Hablabas de la bofetada divina y el consecuente enmudecimiento de quien luego retomaría la palabra para dar testimonio, no ya de *sí mismo*, sino de una *creación continua*. Una vez vuelta profeta, es como si la persona hubiera sido introducida en una danza abierta, o tal vez sea mejor decir que tal persona fue poseída por una danza que convoca, que narra cielos y tierras nuevas en el espacio y tiempo, como lo haría la más bella de las coreografías.

Aquí me detengo. Miro adentro, y el *sí mismo* -en la variedad inimaginable de tamaños, medidas, y profundidades, no es sino una superficie que esconde un dolor muy grande. Y una vez quebrada, como si se tratara de una grieta en el corazón acallado, esa superficie deja de ser obstáculo y comienza a caer junto con todo lo que disfrazaba el dolor que venimos abrigando por generaciones.

Nuestra caída es nuestra liberación. Cuando esa superficie se quiebra, cuando el *sí mismo* sucumbe al silencio tras la bofetada divina, es cuando somos sumergidos por la *Ruah* divina en una obra mayor -esta vez, sin tamaño, sin medida, y sin profundidad. Es entonces cuando somos bautizados en una creación continua. Y aquí no me refiero a un algo que pretenda crecer o prevalecer. Repito, en esa creación divina no hay lugar para el tamaño, la medida o la profundidad. No hay lugar para la comparación ni para la rivalidad.

Hablamos aquí de una *creación continua* que es la misma caída del *sí mismo* una y otra vez.

Caída del sí mismo

Quiero explorar esto un poco más, pero no desde la asfixia individual en el desierto societal actual, sino saboreando la brisa que viene desde la interseccionalidad de nuestras resistencias. Carlos, te he escuchado hablar de esta interseccionalidad en otros espacios y me parece muy oportuno acercarnos a esa realidad en este momento.

Como si se tratase de un disfraz del dolor que por generaciones llevamos, el *sí mismo* es un velo. El *sí mismo* es una reacción mental a modo de grito fraguado en el mismo organismo que busca sobrevivir. ¿Qué grita? Pienso en una temblorosa voz que dice: “No más dolor por favor. No permitiré más dolor, ¡porque es insoportable!”.

Ese *sí mismo*, esa reacción mental -que proyecta un sinfín de imágenes y performances- es a la vez una narrativa, una expresión de la propia defensa ante cualquier provocación que avive el dolor acumulado. Ese *sí mismo* es constituido por una serie de memorias que fraguan como disfraz del dolor.

Pero aún con la tremenda complejidad que porta tal reacción, el *sí mismo* es, a mi juicio, una realidad superficial en el entramado de nuestras subjetividades.

En la experiencia del amor, sabemos/saboreamos, que hay dolor cuando somos afectados por el dolor de quienes amamos a profundidad. Debajo del dolor, por decirlo de una manera, hay amor, y mucho. Debajo del dolor hay rebeliones profundas, aspiraciones profundas, oraciones escondidas que claman al cielo por abrigar a quienes amamos.

El *sí mismo* va cobrando tremenda complejidad y constituye una trampa para quienes somos movidos por la *Ruah* divina a las profundidades del amor en el entretejido de nuestras rebeliones, aspiraciones y oraciones más profundas.

No niego la importancia del *sí mismo* en tanto capacidad mental para vetar tal o cual acción que ponga en peligro nuestro organismo, evitando así un colapso mental. Pero más allá de esa capacidad de veto, de esa reacción, el *sí mismo* ha de sucumbir a la bofetada divina, a los movimientos de la *Ruah*, y a la danza colectiva de nuestras resistencias. Ha de dar paso a la vivencia de la *creación continua*.

Al caer el *sí mismo*, no se pierde la función de veto ante el peligro, pero sí ocurre una transformación en la manera de asumir el peligro. A partir de la caída del *sí mismo*, la experiencia de peligro se asociará a la imposibilidad de dejarse mover y ser movido por la *Ruah* divina. Nuestra alerta se enciende con mayor docilidad cuando no nos dejamos mover por la *Ruah* divina. Esa misma alerta va siendo poseída por la *Ruah* misma.

Qué frágil es hablar de esto. Todo verbo en los párrafos anteriores no es sino un balbuceo que debería ir en gerundio (cayéndose, transformándose, moviéndose y más.) Es un peregrinar abrazado por la misma *creación continua*.

En la interseccionalidad de nuestras resistencias

Nuestro dolor por quienes son *desaparecidos, ultrajados, desmembrados, mutilados o violentados* en un sinfín de maneras en medio de la violencia global hoy es el mismo dolor que llevamos acumulando por generaciones. Nuestros ojos ancestrales han sido testigos de los más horrendos crímenes. Y hay mucho temor. Y hay mucho dolor.

¿Qué será de mí? ¿Qué va a pasar conmigo? Son preguntas reactivas que constituyen el *sí mismo*. No las juzgo en tanto son capaces de vetar situaciones que pongan en peligro al propio organismo, pero sí las encuentro limitantes sin la inspiración de la *Ruah* divina.

Sin discernimiento, ambas preguntas nos llevan a callejones sin salida en los que solo hay una puerta: la supervivencia al lado de quienes detentan el dominio sobre otros, la hegemonía o ilusión de una supremacía cultural, y el poder que teje leyes de privilegio. El *sí mismo* es la apariencia que nos posibilita pasiva o activamente estar al lado de todo eso. Y, como tú lo has mencionado repetidas veces, hermano, ese disfraz está bendecido por la *religión sacrificial*.

El discernimiento versa en torno a algunas preguntas cruciales ¿cómo dejarnos mover por la *Ruah* divina?, ¿cómo responder a sus mociones y llamadas? Son preguntas que emergen simultáneamente a la caída del *sí mismo*. Y somos liberados a través de *algunes* que “están al lado” –“pará-clitos” o abogado defensor, como bien se le llamaba en tiempos antiguos a la *Ruah* divina, de quienes no disfrazan su dolor y *sacuden el velo* del *sí mismo* al *re-velar* sus rebeliones más profundas en medio de la mentira hegemónica y la violencia global.

En otras palabras, la espiritualidad, y tal como la enfatizas, la conversión a la cual la *Ruah* nos lleva, es abrir nuestro dolor en la confianza de la interseccionalidad de nuestras resistencias ante el poder mentiroso y hegemónico actual.

Creación continua, encarnación continua

Hay dolor porque otros no nos respondieron, porque otros nos ignoraron, porque otros nos traicionaron, y hay aún dolores más profundos por el secuestro, asesinato, desaparición, deportación de nuestros seres queridos. Sí, y los hay aún más profundos.

Pero el dolor no es sólo por la decepción o la pérdida. El dolor es síntoma de algo más profundo. Se trata de amor, de ese querer estar con otros, del querer compartir con otros, vivir con otros, jugar con otros, danzar con otros, estar con otros. Sin amor no habría decepción, y, por lo tanto, no habría dolor.

No es el momento aquí para desentrañar la diferencia entre un amor tejido de aspiraciones y rebeliones profundas y otro amor edificado por un conjunto de

deseos que proyectan objetos concretos. Aquí sólo quiero resaltar que hay algo más profundo debajo del dolor.

A una gran decepción corresponde un gran amor y viceversa. Y esa decepción puede acumularse hasta acallar el verbo del amor. Y como decía líneas arriba, es cuando nuestro organismo genera el *sí mismo*, sofisticado mecanismo de sobrevivencia. Ese *sí mismo* no es sino el grito que narramos de manera disfrazada o disfrazada-mente; ese *sí mismo* es el grito que vomita a los cuatro vientos, “¡Basta ya, no más dolor por favor!”.

La conversión, el movimiento al cual nos invita la *Ruah*, va de una disfrazada-mente a una liberada-mente apertura de nuestro dolor en la interseccionalidad de nuestras resistencias para que, como brasas aún encendidas, nuestras rebeliones más profundas empiecen a arder vivamente al lado de quienes denuncian la mentira de la violencia perpetrada por quienes son bendecidos por la *religión sacrificial*. La violencia en sí misma esconde la mentira que se expresa en el dicho, “La violencia redime y nos salva”.

Es la violencia y su correlato mentiroso protegido por quienes viven de la religión sacrificial que reciclan la rivalidad, el resentimiento y el sacrificio.

Y la denuncia de la mentira es invitación para todas, todos y todes; no es condenación de algunos y premio para otros. En la conversión, no hay lugar para la comparación.

Por ello, esa conversión no es aislamiento de una élite espiritual, sino que esa conversión deviene *encarnación*. Es en la propia carne que se encuentra el vestido espiritual, y éste último es colectivo y ancestral, no individual. Nuestra carne es ancestral, es memoria viva de nuestros ancestres; no podemos negarlo: es en nuestra carne donde llevamos sus heridas, llantos y aspiraciones. El *sí mismo* no les deja hablar.

Pero en la interseccionalidad de nuestras resistencias escuchamos sus voces y éstas son portadoras de mundos nuevos, cielos y tierras nuevas.

El término *acuerparnos* que mencionabas ilumina bellamente lo que entendería por una encarnación continua.

Encontrarnos, acercarnos, es fruto del discernimiento, y éste implica encarnarnos movidos por la *Ruah* en los tejidos que crecen creativamente a través de la caída del *sí mismo* y el alumbramiento de nuestras rebeliones y aspiraciones más profundas.

Hasta aquí he querido reflexionar acerca de lo que decías en torno al discernimiento como camino de liberación del falso yo que preside la mentira del sacrificio del otro en aras de ‘mi’ sobrevivencia.

Dejar atrás el disfraz no es tarea fácil, tampoco es tarea individual como ninguna tarea lo es. El llamado de la *Ruah* es a acercarnos y encarnarnos *unes en otros*, conocer como somos conocidos, nacer como somos dados a luz.

Dejar de huir

Dices, hermano, que el discernimiento nos capacita para ver lo que el sistema-mundo hegemónico invisibiliza. Y el pasado es una realidad que muchos quisieran enterrar más de una vez.

La espiritualidad -y siguiendo nuestra conversación, la conversión- implicaría abrazar el pasado y dejar de huir de él.

Quienes señalan y prometen un futuro que traería los regalos más codiciados también deben callar y dar lugar a la conversión. Las instituciones que pretenden crecer y prevalecer también han de recibir esa bofetada divina que sacude el *velo del sí mismo re-velando* las rebeliones más profundas de quienes resisten a la mentira de redención que esconde la violencia.

Me parece que el futuro que el sistema-mundo hegemónico persigue viene a ser la huida del pasado. El futuro se presenta como promesa para algunos y como vacío para otros. Ambos polos en tanto realidades ajenas al pasado son letargo para la conversión.

Propongo aquí algunas imágenes que pueden ayudar adentrarnos en nuevas experiencias de tiempo y espacio a los que la *Ruah* nos invita. No se trata de una indagación teórica sino de la experiencia en el entretejido de nuestras resistencias ante las múltiples facetas del atropello hegemónico a nuestra imaginación.

El pasado viene por delante

Qué bien se siente el sol en estos tiempos previos al verano. Le toma ocho minutos a la luz que surge del sol llegar a nosotros. Cuando le sentimos, somos conscientes que ya han pasado ocho minutos desde que dejó su origen. En algún sentido, recibimos el pasado del sol en cada instante presente.

No sólo la luz del sol que llega a nosotros es un hecho del pasado que viene y seguirá viniendo mañana y el próximo año. La luz de otra estrella aún más lejana que el sol también viene. Y hay luces de estrellas que dejaron su origen hace billones de años y aún no nos tocan, pero lo harán en nuestro futuro. Sí, nuestro futuro, en algún sentido, ¡importante sentido!, es el pasado que viene por delante.

Y en un mismo instante recibo infinitas luces de estrellas distantes y cercanas que dejaron en diferente tiempo su origen para llegar a tocarnos. Podría decir que recibo una multiplicidad de temporalidades a cada instante.

Veamos esto mismo desde nuestra experiencia al conocernos.

Mañana, por ejemplo, me encontraré con personas que aún no conozco, y cuando me las encuentre, me encontraré también con su pasado, con sus experiencias, heridas, sueños...

Su pasado está viniendo por delante. Aún no me las he encontrado, pero sé que viene su pasado por delante. Y posiblemente su pasado venga para despertarme o aletargarme. Dependerá si su pasado late en su carne o si solamente vienen con el disfraz del *sí mismo*.

Nuestro pasado es la vida misma de infinitos seres que aún persisten en oración en nuestra carne si les escuchamos. Y todo ello viene por delante en cada persona con quién me encontraré en el futuro. ¿No es acaso, entonces, que el futuro es el pasado que viene por delante?

La angustia que produce un futuro, como si se tratara de una página en blanco que sólo el falso yo tendrá que escribir, es entendible, pero también es irritable. Es una ilusión atroz y letargo para la conversión.

La espiritualidad, el ser movido por la *Ruah*, y el discernimiento, dejarnos mover por ella, nos hacen abrazar el pasado que viene por delante con confianza y esperanza.

Concuerdo contigo que el discernimiento nos hace ver lo que el sistema-mundo hegemónico invisibiliza, y el pasado es uno de ellos.

En la interseccionalidad de nuestras resistencias abrigamos nuestro pasado, sí, cada persona trae en nombre de miles y millones un pluriverso de oraciones y aspiraciones, como si se tratara de las luces de infinitas estrellas llegando desde diferentes temporalidades en un mismo instante.

Nuestro pasado es ancestral y viene por delante a despertarnos del letargo y ensueño que la mentira del sistema-mundo hegemónico y el disfraz del *sí mismo* reciclan. Ese letargo y ensueño vienen causando múltiples violencias.

La *Ruah* nos mueve y hemos de dejarnos mover. Espiritualidad y discernimiento en los tiempos actuales nos retan a abrazar nuestro pasado que viene por delante, en la vida de otros, a abrazar nuestras heridas que vienen por delante en las heridas de otros. Como a través de las grietas -emerge la vida con fuerza y hasta hemos podido contemplar su florecer, también, a través del abrazo de nuestras heridas, -acuérpades, hemos visto cómo las rebeliones más profundas emergen gestando nuevas formas de vida.

Salvación que viene por delante, sanación que viene por delante, rebeliones y aspiraciones que vienen por delante, oraciones que lloran y cantan y vienen por delante.

Encontrarnos, acercarnos

Raimundo, un amigo que falleció hace unos años, y que ausente su presencia sigue viniendo a mi corazón, me enseñó, “Juan Carlos, no sé qué estaré creando, pero cuando realizo una escultura me dejo mover por lo que va emergiendo en el

tronco de árbol que se fue. Sin plan previo, cada acción va de la mano con lo que va emergiendo. Es como si se tratara de buscar un tesoro que está en cada una de las acciones que lo buscan”.

Mi amigo era escultor, y muy reconocido en esta ciudad. Pude ser testigo de cómo de un mero tronco que otros quemarían, mi amigo creaba o era creado también al sacar un tesoro inimaginable del tronco mismo que esculpía.

Crear no requiere plan previo. No hay lugar para las competencias morales de saber quién sigue el plan divino. No hay plan. Y esa es una buena noticia liberadora.

La creación continua es divina justamente porque no hay plan. Es una aventura artística en la que estamos implicados —bella aventura de lo real. Y ojo, es de mayor responsabilidad, de mayor agudeza, firmeza, y disciplina prepararse para dejarse mover a cada instante por las mociones de la Sabiduría que el hecho de seguir o repetir unas meras instrucciones dadas.

El pasado que viene es como el tronco a esculpir, y abrazarlo es discernir esculpiéndolo.

Abrazar el pasado que viene por delante es abrazar esa *creación continua*, *encarnación continua*. Nos acuerpamos abrazando nuestros dolores no para quedarnos en ellos sino para ir tras las rebeliones más amorosas que subyacen dolidas bajo ellos. Nos encarnamos juntas al encontrarnos, al acercarnos.

Encontrarnos es un arte creador. Acercarnos es la emergencia del pasado que encuentra sanación. Muchas temporalidades que cesan en el abrazo incondicional que dejó atrás el *sí mismo*, que dejó el disfraz del dolor.

Y en ese acuerparnos nos acuerpamos todes desde muchas temporalidades aún por llegar. Y aquí me sumo a tu agradecimiento a Raimon Panikkar, quien nos ayudó a salir más y más de la prisión del *sí mismo* para vislumbrar la ultimidad que nos sostiene y anima, una comunión cosmoteándrica.

En la interseccionalidad de nuestras resistencias al poder criminal vamos siendo testigos de que esta comunión nace una y otra vez creativa y encarnadamente.

Si bien has despertado en mí la inquietud de que anote algunas experiencias en torno a nuevas vivencias de tiempo, quisiera seguir conversando acerca de nuevas maneras de relacionarnos que trasciendan el espacio asfixiante de la rivalidad y el resentimiento.

Habías dicho, hermano, “‘más acá’ de la vida divina que inunda la tierra”.



V

La danza humano-divina

Boston, 12 de junio de 2022

Las mañanas de domingo han sido para mí, desde la infancia, tiempo de pausa, solaz, sosiego y comunión; como si cada semana se detuviese el tiempo con su trajín y afanes, para existir de otro modo, como en el regazo de una madre. Los juegos de niño con mis hermanxs, a la luz matinal, esperando el desayuno dominical sin prisas que preparaban los mayores en casa eran como el prelude de una jornada de fiesta. Acicalados con la vestimenta de la época íbamos a misa con los franciscanos o los dominicos; nos gustaba ese aire de familia que se respiraba en sus templos conventuales de Puebla, mi ciudad natal. La abuela y las tías, en esa red de cuidados que entonces disfrutábamos sin conocer sus luchas internas como mujeres, nos deleitaban con recetas ancestrales de moles diversos, que combinan sabores y aromas, colores y texturas que al día de hoy excitan paladares con sus mezclas barrocas de chiles, chocolate, especias y frutos del altiplano mexicano. La jornada dominical se coronaba, para los adultos, bailando danzones o tango, los ritmos de aquella generación de la segunda guerra mundial, mientras los niños inventábamos juegos en la calle. Así fueron mis jornadas dominicales de infancia. Tiempo y espacio atravesados por lo sagrado y lo profano, entretejiendo un modo de vivir en común que, en medio de penurias familiares y de la época, celebraba la vida.

Te cuento esta historia familiar, querido Juan Carlos, porque infancia es destino, como dice el refrán popular. En mi experiencia, esa frágil armonía del tiempo dominical se recreó de diversas maneras en mi vida como fraile dominico. Vivos recuerdos del noviciado en Amecameca, al pie de los volcanes del valle de México, o del ritmo conventual en Friburgo o en París, se agolpan en mi memoria al recordar ese otro modo de vivir el tiempo y el espacio del primer día de la semana, cuidado con tanto amor a la Palabra hecha carne en los conventos de la Orden. Una buena predicación la disfrutábamos tanto como el buen plato en la mesa y el vino que la acompañaba en la compañía de estar juntos. Alimento del

cuerpo y del espíritu. Era otro modo de vivir espacio y tiempo del descanso de Dios como reposo del alma y del cuerpo, en comunidad.

¿Pero cómo viven otras familias, comunidades religiosas y otras culturas el espacio y el tiempo en su hondura creadora? ¿Qué creación continua se revela en otras experiencias? ¿Y qué sucede cuando esa armonía idílica de infancia o de comunidad es rota por la inesperada crisis de un suicidio, un fracaso personal, una guerra o una desaparición forzada?

Pensar de nuevo el tiempo y el espacio que abre la *Ruah* divina, como el espíritu de los cuatro vientos del profeta hebreo, es la pasión de la persona mística. Me gusta esta expresión porque designa el *mysterion* de la realidad, su carácter inasible, inmanipulable, de una otredad que es asequible donde quiera que se encuentre. Eso es lo que quisiera explorar ahora contigo en las siguientes páginas, evocando el vuelo del cóndor andino que tú describías como metáfora de nuestro vivir en el Espíritu, así como la danza de la comunidad diversa de Jojutla que recordábamos también en páginas anteriores, como modos de acuerparnos en resistencia y esperanza.

Trascendiendo el tiempo: el pasado que viene por delante

La expresión del “pasado que viene por delante” que contabas en la carta anterior me ha dejado en vilo. No deja de revolotear en mi mente y en mi corazón. Trajo a mi memoria, como un relámpago, una frase que hace un par años escuché en voz de la madre de un hijo desaparecido, durante una brigada de búsqueda en Iguala, tierra caliente de las montañas de la Sierra Madre Occidental de México, cuando ella arengaba a sus compañeras diciéndoles: “Vamos a buscarlos; ellos nos indican el camino”. Sus hijos ya no están en casa, donde solían vivir el día a día o las largas noches de fiesta y descanso. Ese pasado para algunos es ahora solamente recuerdo de un tiempo perdido. Y, sin embargo, esas madres sienten ese pasado en su carne como un latigazo y como una pequeña luz. Ese pasado se adelanta en su búsqueda, va por delante y las guía como resplandor en medio de una larga noche de rabia, desconsuelo, obsesión y llanto, a veces también de fiesta por haber encontrado a algunos.

La luz estelar de cuerpos celestes que ya no existen y, sin embargo, llegan hasta nosotres, es la metáfora potente que has evocado para deshacer en nuestra imaginación la idea lineal del tiempo que tanto lacera nuestra conciencia y nuestro cuerpo. La relatividad del tiempo es algo parecido a lo que tú nos dices cuando afirmas que “el pasado nos viene por delante”. Nos llegan así las voces, traumas y clamores, como también los susurros de vida, de ancestres humanos y de otras

especies de quienes somos descendientes en la maravillosa interconexión de la vida en el cosmos.

Hablas de trascender el tiempo como acto de espiritualidad que podemos también llamar “plena conciencia” que tanto cultivan las personas místicas de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur. ¿Será esa la evocación del Espíritu de los cuatro vientos hoy?

Me gustaría detenerme aquí contigo, como en aquella ocasión cuando fuimos a meditar al parque de Portland para “detener el tiempo” y ver con más claridad el rumbo común que nos abría la *Ruah* divina en el mutuo acompañamiento que iniciamos Melissa, Ron, tú y yo en una caminata por la playa, en San Juan de Puerto Rico, en junio de 2016.

Si la oración como meditación profunda y silenciosa es una experiencia accesible a cualquier ser humano lo es en cuanto acto de *simultánea presencia*. Sin más. Ni control, ni ausencia, ni poder. Sólo mutuo reconocimiento. Entonces la conciencia pasa de la cronología a la plena presencia. De *chronos* a *kairós*, diría la narrativa bíblica cristiana. El tiempo se vuelve intenso, imparable en su exterioridad, pero pasividad fecunda porque es hospitalidad cumplida.

Tiempo místico, me atrevería a llamarlo, porque nos introduce en el corazón del *mysterion* sin hacernos huir de lo cotidiano sino, por el contrario, para adentrarnos en sus profundidades y volver al incesante *chronos* animados por la luz de *kairós* como destello o chispa del alma... y del cuerpo.

Trascendiendo el espacio: de la rivalidad al mundo común

Pero me parece que la vida en la *Ruah* divina no afecta solamente a la conciencia con diversos modos de vivir el tiempo, entre *chronos* y *kairós*. También ella recrea el espacio. Me refiero a la *debita proportio* que mencionaban los griegos, a veces como proporción áurea en las artes y la arquitectura, pero sobre todo como morada común, *ethos* en el que todos tengamos cabida, acogida, hospitalidad, pan y vino compartidos.

Ese espacio común que deja aletear al Espíritu de los cuatro vientos lo perciben con los cinco sentidos los artistas para luego recrearlo con su imaginación creadora. En sus trazos en el lienzo, como en las ondas sonoras y los silencios de la obra musical, o en el movimiento y la pausa que provoca la danza en cuerpos en movimiento, el espacio es esencial para recrear el tiempo y desplegar así el movimiento.

Pero el espacio común es también *locus*, es decir, lugar físico y ético, donde los cuerpos habitan con gozo y con dolor. Porque hay espacios que habitan cuer-

pos reclusos, manipulados o torturados. No es lo mismo el espacio de una celda conventual concebida por Le Corbusier, contemplando la campiña francesa, que una sala común de hospital público donde agoniza un enfermo de SIDA. Tampoco es parecido el espacio de una familia tradicional formada por papá, mamá, niñas, niños y mascotas, que el de una casa de sobrevivientes de crímenes de odio. Los espacios son habitados por cuerpos empoderados o lacerados, sanos o enfermos, negros o de otros colores, cada uno con sus propios ancestres que se les adelantan.

El espacio del tálamo nupcial puede convertirse en campo de batalla en la vida de una pareja. Jardín o cárcel. Terraza de convivialidad en una parcela de agroecología, o bien celda de prisión en Guantánamo. ¿Por qué nos cuesta tanto compartir el espacio con otros? ¿Qué pulsiones desata en nosotros el espacio físico que puede albergar tanto lo sublime como lo más vil de la condición humana?

La mirada que nos alerta sobre la rivalidad mimética me parece crucial para comprender el espacio como encrucijada de *eros* y *thanatos*, en el marco de una espiral incierta donde la libertad humana se pone a prueba. Como sabes, querido hermano, desde hace un par de décadas he explorado este camino de la mano de René Girard, James Alison y João Cezar de Castro Rocha, a quienes debo esa mirada interior a la rivalidad mimética que no es sólo un análisis objetivo, ni tampoco condenatorio, de esos que todos hemos vivido alguna vez en la vida, ser víctimas o verdugos. Lo que más ha nutrido mi vida y pensamiento a partir de esta inteligencia mimética del deseo es su capacidad para mirar con claridad los mecanismos de rivalidad sin condenar. Me capacita para desmontar en mi propia vida la mentira del sacrificio del más débil para mantener la estabilidad de grupo. Me abre un nuevo espacio con coordenadas para experimentar la vida en común más allá de la rivalidad y del resentimiento. Por eso, la vía del perdón que propone la teoría mimética es universal en tanto abre un espacio inusitado a la condición humana, cualquiera que sea su posición en el ciclo infernal del odio, la violencia, el resentimiento y la muerte.

Hablar de perdón para trascender el espacio de la rivalidad no implica una apología del cristianismo. Se trata de una invitación universal a descubrir la potencia de la condición humana cuando es animada por la *Ruah* divina para ir más allá del resentimiento y la invisibilización del otro. Esa mirada nos es posible nombrarla gracias a Jesús Galileo, hombre justo que se entregó hasta el final, en una lucha agónica, para imitar el amor incondicional de su *Abbá*, que “hace salir su sol sobre buenos y malos, hace llover sobre justos y pecadores”. Esa maravillosa poética de Jesús de Nazaret en el alba de los tiempos nuevos es nuestro horizonte para desplegar las alas como el cóndor. En la hondura de esa humanidad vulnerable se reveló la vida divina.

Nacer de nuevo

¿Cómo vivir ese espacio y tiempo nuevos? ¿Cómo salir de los espacios cerrados de identidad del *sí mismo* que se defiende, y cómo dejar el imperio de *chronos* que nos impide ir al fondo del aquí y ahora? La teología de san Pablo sobre el tiempo mesiánico ha sido un afluente que crece cada vez más en mis reflexiones y escritura. “El tiempo se contrae” (1 Corintios 7: 29) alcanzó a escribir el apóstol en un chispazo de clarividencia sobre *ese otro modo de vivir el tiempo y habitar el espacio*. Se trata de un alumbramiento, un parto con sus dolores previos, la salida a la luz de algo que se ha venido gestando en el fondo de la noche.

“Contraer el tiempo” es una metáfora aún más radical y potente que solamente detener el tiempo. Lleva en su expresividad la fuerza del nacimiento, de las contracciones mesiánicas como un modo de nacer de nuevo.

En el evangelio del discípulo amado ese nacer de nuevo, en un diálogo magistral entre Jesús y Nicodemo, que se realiza a escondidas y en medio de la noche, es evocado en sus fuentes: el nacimiento a vida nueva sucede “en el agua y el Espíritu” (Juan 3: 1-7). La regeneración de la vida agostada, como tierra reseca dice el salmista, es posible para quienes dejan aletear en su tiempo y espacio a la *Ruah* divina. En la tradición cristiana ambos elementos evocan el ritual bautismal, una fuente o, mejor, un oasis en medio del desierto. Recuerdo con gratitud las lecturas de los evangelios hechas por autores judíos que descubrí en París cuando era estudiante. Ellos sabían leer entre líneas, con la mirada y el corazón hebreo, la potencia de la narrativa cristiana primitiva surgida de tierra palestina. Con esos ojos podemos comprender cómo las teofanías de Jesús, como el bautismo en el Jordán y la transfiguración en el monte Tabor, son contadas en clave de un pueblo del desierto como el hebreo: ahí donde hay aves blancas que revolotean yace un manantial. Por eso, en la historia de Jesús, el agua viva que brota de la vida del justo está señalada por la paloma que vuela en torno suyo como si fuese una fuente.

¿Y quiénes son hoy esos oasis de vida nueva?

Para mí, esos hontanares son las personas y comunidades que resisten con dignidad amorosa a tantas violencias. Es la chica no binaria que, a pesar de haber sido expulsada de su familia y de su parroquia creó un albergue para otras personas *queer* en su pueblo porque sabe, en su propia carne, que el tiempo y el espacio hay que ganarlos palmo a palmo en una lucha contra los prejuicios, el odio y la muerte.

Otro manantial que he descubierto con azoro en estos últimos años es la indignación de las madres de personas desaparecidas que convierten las fosas clandestinas en tierra sagrada cuando remueven esa tierra con picos y palas, con sus manos y lágrimas, para buscar restos humanos hasta encontrarles. “Van por

delante” significa para ellas que la fosa clandestina es un mapa en el que ellas encuentran tesoros. Los olores fétidos que se pegan a la varilla de acero clavada en la tierra cuando rastrean una fosa, ellas los transforman cuando los reconocen como olores de cuerpos humanos y no de animales muertos. Un fémur lo acarician al sacarlo del polvo, le hablan con infinita ternura y lo dignifican cuando le prenden una veladora, le rezan y lo devuelven a una familia. Un tatuaje reconocido en un tejido humano lleno de polvo, ellas lo tatúan en el alma y en los posters de la comunidad de buscadoras como signo de vida.

Los manantiales son por eso no solamente metáforas de vida, sino que — ubicados en “las regiones del no ser” que evocaba el gran Frantz Fanon— esos espacios de dolor pueden ser también transformados por las resistencias.

Así, las fosas clandestinas devienen pozos de Jacob y tumbas vacías donde retumba un eco de vida. Nacer de nuevo del agua y de la *Ruah* divina se convierte entonces en un acto profético y, en su fondo místico, alumbramiento de un mundo nuevo aquí y ahora.

Otro modo de trascender el espacio y el tiempo.

La mesa común

Los actos proféticos del pueblo de Israel, con toda su potencia de gesto mesiánico que anunciaba un mundo nuevo han sido radicalizados por Jesús de Nazaret y su comunidad mesiánica que vive ese nuevo tiempo y nuevo espacio que llamamos alumbramiento de plenitud en medio de la incertidumbre, de gracia en medio de tantas desgracias históricas.

Solamente ahí podremos comprender el significado de la mesa común como símbolo disruptivo de la historia violenta, alumbrando, es decir, dando nacimiento a un nuevo modo de ser, de co-existir, de con-spirar gracias al impulso de la *Ruah* del Crucificado que fue entregado como don y tarea en la cruz, pentecostés desde el fondo de la noche.

La convocación a la mesa común se expresa de muchas maneras en la historia, cada vez que una comunidad herida recibe el bálsamo de la verdad con justicia y verdad. También sucede este otro tiempo y espacio de redención cuando una comunidad celebra la mesa de la inclusión, cuando recibe en gesto de hospitalidad a otros desde sus heridas y vulnerabilidades.

Una historia de pandemia me permitirá ilustrar lo que evoco en estas líneas. Durante el primer año de la pandemia de Covid-19, cuando aún no había vacunas, el miedo al otro se hizo cuerpo, con distanciamiento social, uso de cubrebocas y gel, con la imposibilidad de tocar a otros incluso para darles el último adiós antes

de la cremación obligatoria. Mi amigo Edgar no pudo ya tocar a su papá desde el momento en que lo ingresó en urgencias por haber contraído el virus. Solamente logró ver su cadáver para reconocerlo a través del féretro abierto durante unos segundos, cuando lo llevaban a la incineración. Luego recibió la urna para depositar las cenizas en una cripta.

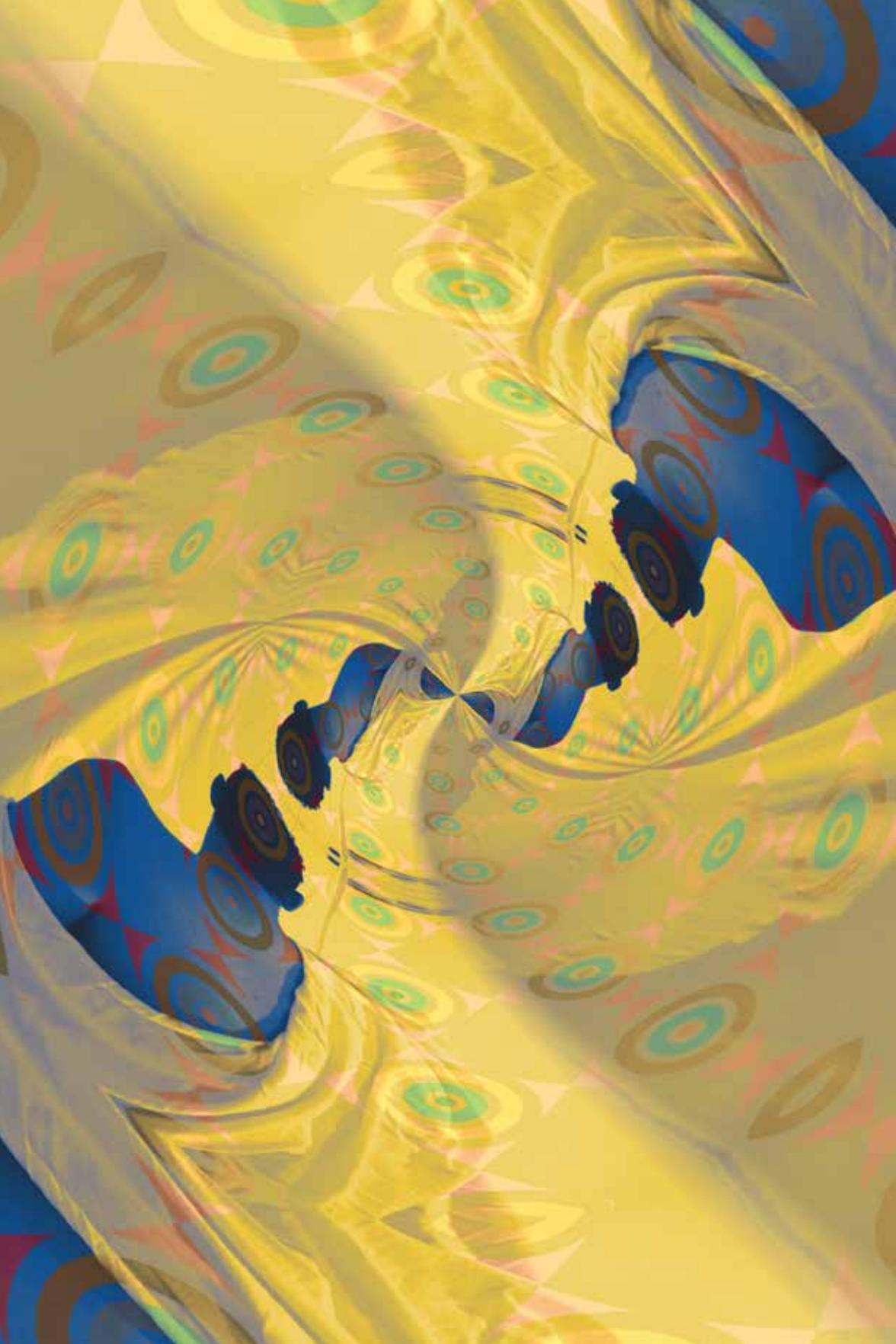
Otra historia de mesa en común en tiempos de pandemia. En esos tiempos nefastos sucedió algo insólito en la ciudad de Toluca, al poniente de la Ciudad de México. Un obispo piadoso quiso consolar a su pueblo y no encontró mejor forma para su mentalidad clerical que ofrecer la bendición con el Santísimo Sacramento, sobrevolando en helicóptero la ciudad, gracias a un “favor” del gobernador, quien le prestó la nave. Al mismo tiempo y en la misma ciudad, abajo, en un barrio marginal —figura de otro espacio y otro tiempo— una colectiva de mujeres trans, en su mayoría sexoservidoras, abría un comedor comunitario para dar de comer a los más pobres de la zona. Ellas, a diferencia del obispo, exponían sus cuerpos a pesar de estar protegidas con cubrebocas, ofreciendo, desde su indignancia, “un taco y un vaso de agua de fruta” a gente anciana, sola o sin dinero. ¿Cuál de ambas historias comunicó mejor el manjar divino? ¿Cuál nutría el cuerpo de Cristo? ¿Cuál creó espacio y tiempo contraídos que traen redención a todes?

Historias como el comedor comunitario abierto por mujeres trans durante la pandemia son otras formas de vivir el espacio y el tiempo, desde cuerpos vulnerables, diaspóricos y subalternos, pero potentes en su impotencia. Y me parece que ahí radica la espiritualidad de la vida que teje comunalidad, que cura heridas del alma y del cuerpo social, que nos cura a todes porque surge de entrañas de compasión y misericordia desde la propia vulnerabilidad compartida.



Con estas y otras historias que todos podemos recordar tras leer estos relatos, podríamos escribir y describir la fuerza de vida que surge en la historia violenta gracias al aleteo de la *Ruah* divina en personas y comunidades vulnerables y vulneradas que han torcido el tiempo lineal para alumbrar otros tiempos.

Me parece que en ese gesto disruptivo radican la espiritualidad y el discernimiento hoy: saber ubicarnos en “la región del no ser”, donde las víctimas de tantas violencias dicen “Basta” y generan otros espacios y otros tiempos en los que la vida puede florecer. En esas historias “nacemos de nuevo”, como humanidad esperanzada, gracias “al agua y a la *Ruah*” que sigue aleteando sobre la superficie del caos original e histórico para comunicar vida plena.



VI

Espacio nuevo

Portland, 26 de junio de 2022

Gracias, hermano, por invitarme a pensar de nuevo el espacio y el tiempo con hambre de armonía tras su rotura; o tal vez con sed infinita de armonía nunca vivida. ¿Cómo entrar en un espacio y tiempo nuevos con el corazón desgarrado y sin abrigo?

¿Es posible?

Sí es posible, pero quien piensa y entra es *in-vitado*, también podríamos decir, *llamado a ir adentro e ir afuera, sístole y diástole*, a latir en el latido mismo de la realidad más honda y última que nos sostiene y anima.

Esa *in-vitación*, ese ir hacia la Vida misma, es una *pro-vocación*, es una *llamada* desde la región del *no-ser* y el *no-lugar*, donde el *sí mismo* no encuentra dónde arraigarse comparativamente, donde la bendición de la religión sacrificial se desvanece y deja de aturdir, y el disfraz del dolor cae.

En la región del *no-ser*, el *sí mismo* no puede compararse diciendo soy “esto y no lo otro”, soy “una cosa mejor que otra, o peor que otra, o diferente que otra o similar a otra”.

En el *no-lugar*, el *sí mismo* no puede compararse diciendo estoy “aquí y no allá”, estoy “en el centro y no en la periferia”, estoy “arriba y no abajo”.

Donde la bendición de la *religión sacrificial* se desvanece, el *sí mismo* no puede compararse diciendo “Sí soy, y tú no”, “Sí estoy a salvo, y tú no”.

Y el disfraz del dolor cae

Cuando, en México, Chayito me dijo: “Dios es la luz que me permite ver a mi hijo que otros no ven”, comprendí que su dolor era una superficie agrietada que dejaba traslucir algo mucho más profundo, un tiempo y espacio nuevos. Su hijo, a quién habían desaparecido, era iluminado por Dios para que ella lo viera y, paradójicamente, para buscarlo, siguiéndolo.

Algo se cayó junto conmigo y fui levantado en amistad cuando, en Perú, Mamá Angélica me dijo: “Me dices que cuando mi hijo fue desaparecido, tú ignorabas todo ello por estar inmerso en el racismo limeño hacia quienes vivimos en la Sierra, y que ahora que quieres ir al lado nuestro, no lo puedes hacer sin pedir perdón. Escucha bien, Juan Carlos: te perdono, te perdono mil veces, y quédate tranquilo; sigamos”.

Como cayendo de un lugar competitivo y comparativo, fui levantado a un nuevo espacio, a la amistad con quien no niega su dolor y ofrece el perdón. En ese nuevo espacio, en ese no-lugar, la *amistad* es más fuerte que el *sí mismo*, y nace, como bien lo has dicho, hermano, una *simultánea presencia*.

Algo así como cuando Marly, en Perú, me dijo, “La ausencia de mi hermano es presencia que me anima”. O cuando, en la selva peruana, en medio de la invasión extractiva, Osvaldo y Enrique, líderes de una comunidad, me llevaron aún más adentro, diciéndome, “Para que veas directamente la depredación que sufre nuestra hermana”. Referían el término “hermana” a la tierra misma. O también cuando Atilio, en Colombia, me dijo, “No porque solucionemos algo, ganamos nuestra dignidad; sino porque resistir, cuidando nuestro territorio, es ya nuestra dignidad”.

Son invitaciones de la *Ruah* divina aconteciendo desde la región del *no-ser* y del *no-lugar* en donde dignidad humana y territorio están implicados o interpenetrados. *Territorio* en boca de Atilio en Colombia, o de Osvaldo y Enrique en Perú, *no-es-lugar-que-se-contrapone-a-otro*, es un *no-lugar* lleno de vida interrelacionada con todo. Su territorio no está en competencia sino es ofrenda *cuidada* —no sacrificada— para dar Vida en todo lugar.

Y también la dignidad propia y los seres queridos están implicados formando una *co-emergencia vital*, como cuando José, amigo inmigrante a quien los sistemas injustos le mantienen indocumentado en Oregon, me dijo sonriente, “Llevo más de 26 años trabajando en el mismo sitio y en el mismo lugar, con el mismo salario sin poder ir a mi tierra a ver a mis padres y luego regresar acá, pero mis hijos sí podrán salir y entrar”.

Territorios violentados y cuerpos retenidos, deportados, desaparecidos o aún basurizados se dejan ver, o más bien se revelan, en la presencia de personas que no disfrazan su dolor sino más bien lo abren para revelar su amor compenetrado hasta las entrañas con sus seres queridos, sus ancestros y los territorios que habitan y cuidan.

La fuente de ese amor es misterio; en otras palabras, no es controlable ni manipulable por los sistemas hegemónicos y, por ello, es buena noticia para los pobres, como lo recordaba una y otra vez Jesús de Nazareth a sus contemporáneos.

Esa *co-emergencia*, esa *inter-penetración*, esa *simultánea presencia* han querido ser testificadas por símbolos como la *perichoresis* cristiana referida a la Trinidad y

la misma vida trinitaria que trasluce el ágape comunitario. Lo mismo podríamos decir del surgimiento recíproco condicionado o de la concatenación universal que abriga la *pratityasamutpada* budista.

¿Cómo acercarnos?

Al iniciar nuestra conversación, me preguntaba *cómo acercarnos* ante el desafío del desequilibrio ecológico global y la violencia global desatada en todo el planeta por los poderes hegemónicos.

Nuestro hermano Gustavo Gutiérrez nos recordó hace mucho tiempo a partir de su lectura de Bartolomé de las Casas, lo que Las Casas escribió en una carta enviada al Consejo de Indias en 1531, “que del más olvidado tiene Dios la memoria muy reciente y muy viva”. Curiosamente, el término sánscrito para significar *mindfulness* en inglés, o atención plena en español, puede traducirse por “rememorar”, “recordar”, “volver”.

Entrar en un tiempo nuevo, o trascender el tiempo podría asimilarse a volver, también como lo comentábamos tiempo atrás, a convertirse, a rememorar lo que está desmembrado, a adentrarse en la memoria “del más olvidado”, de quienes tienen de aquél “la memoria muy reciente y muy viva.”

Dejarnos mover por la *Ruah*, el *discernimiento*, y *ser movidos* por ella, la *espiritualidad*, nos adentran en la memoria de quienes abren su dolor para revelar su amor, entrañas que se duelen por ver a quienes otros no ven, por ver al más olvidado en nuestras sociedades, a quienes son aprisionados, torturados, deportados, abandonados, explotados, basurizados y despedazados.

Tú mencionaste la intuición paulina acerca del tiempo de salvación como una contracción del tiempo similar a las contracciones en las labores de parto. Algo así es que sucede cuando quienes abren su dolor para revelar su amor terminan posibilitando un encuentro mayor.

Y adentrarnos en la memoria de quienes abren su dolor activa que nos adentremos en *mutualidad*; también en el amor desmembrado dentro de nosotros que ruega por liberación. Nos volvemos, por decirlo así, nos tornamos para *atender plenamente* al amor que subyace a nuestros dolores que han sido negados no sólo en el transcurso de nuestra vida, sino por siglos y que nuestro cuerpo lleva como memoria viva que es.

En nuestras historias y en las historias de quienes nos precedieron, nuestros ancestros, ha habido mucho dolor y daño por haber enterrado ese mismo dolor sin contar con la posibilidad de canalizar nuestro amor, aspiraciones y rebeliones más profundas. Estamos desmembrados.

Dejarnos mover y *ser movidos* por la sabiduría divina es abrir nuestras heridas e historias también cuando nos adentramos en la memoria de quienes abren su dolor desde las regiones del *no-ser* y del *no-lugar*.

En ese espacio nuevo, lo que está desmembrado en nosotros mismos pasaría a *ser remembrado* por ellos en amistad. Es nacer de nuevo, es volver a ser tejido, remembrado con el amor que agrieta y transgrede el poder hegemónico. Como dice un salmo milenario, “Tú has recreado mis entrañas, me entretejiste en el seno materno”. Volvemos a nacer en el seno de la amistad en las resistencias ante la rivalidad, el resentimiento y la religión sacrificial.

En esa amistad, en esa mutualidad amorosa, vamos animándonos a ser verdaderos más que defensores de una verdad en competencia y comparación con otras. Es en ese espacio nuevo donde percibimos las buenas nuevas de redención.

Nuestras heridas abiertas pero compartidas devienen espacio nuevo en el que el amor que atesoramos y que subyace a nuestro dolor comienza a mostrar sus destellos de luz a través del desmoronamiento del *sí mismo*. Ese amor nos despierta y nos invita a seguir —dejándonos desmoronar— junto con el desmoronamiento del *sí mismo* de todas las generaciones que llevamos en nuestro cuerpo ancestral para entrar en un *nuevo espacio*, una *simultánea presencia*, y entrar en un *tiempo nuevo*, *abrazar nuestro pasado que viene por delante* intrínsecamente vinculado a los dolores de quienes encontraremos en este peregrinar.

Salvación

Carlos, nuestra correspondencia me ha llevado a mirar cuán distante está nuestra conversación de la noción predominante de aquello que la cultura religiosa llama *salvación*. Y digo *cultura religiosa* y no *religiones* para poder diferenciar entre aquello que las religiones confiesan y practican de su impacto. Su impacto, sea por omisión o acción, deviene cultura religiosa.

La *salvación*, tal como la puedo apreciar en la cultura religiosa predominante aquí en Oregon, como también en otros estados y países, no ha dejado de seguir siendo una noción que apunta a proteger el *sí mismo* del mal, y garantizar la inmortalidad del *sí mismo*.

La salvación siempre la asociaba a no sucumbir ahogado. Es una imagen muy potente que llevaba desde niño, y no sé por qué.

Y siempre asociaba un bote, una mano, un brazo, en fin, alguien que me extiende su mano desde un bote para que yo no me ahogue.

Otra imagen que llevaba menor intensidad en mi memoria es la de ser sanado. Asocio aquí a una persona que sabe curar, y yo que me estoy muriendo. De pronto, la persona me cura y experimento sanación que es prácticamente la salvación frente a la muerte.

También está presente como recuerdo la imagen de una prisión o calabozo y que hay alguien que me saca de allí, una persona que me libera de quedar atrapado para siempre entre barras o en el fondo de la tierra.

Todas estas imágenes son muy fuertes y las llevaba desde niño; entiendo que son imágenes que aún puedo asociar a la idea de salvación que la cultura religiosa también ofrece.

Pero ¿quién se salva? o ¿quién es salvado? La cultura religiosa predominante sigue afirmando al *sí mismo*. Y eso es muy triste y doloroso.

Por el contrario, nuestra conversación nos ha llevado a hablar de la salvación como un adentrarnos, atraídos, movidos, invitados a un tiempo y espacio nuevos, en los que el *sí mismo* no tiene sostén ni arraigo; en los que nace y renace una *simultánea presencia* que, cual danza divino-humano-cósmica, sigue recreando novedosamente su latir, sus ritmos y sus gestos con la presencia de quienes fueron sacrificados por la neurosis hegemónica, pero cuyas ausencias no han cesado en ser presencia Viva que despierta la creación entera a la Vida una y otra vez.

Pensemos esa danza como si se tratara también de múltiples ríos que se adentran en el océano. Cada río tiene múltiples afluentes, y todos ellos son únicos. Como si fuéramos un pequeño riachuelo que se adentra en otro y luego en otros vamos siendo una *simultánea presencia* de múltiples ríos que se adentran más y más en una más abierta comunión en la que los olvidados y aniquilados de este mundo participan muy vivamente como afluentes, y hay un gozo que emana de esa *simultánea presencia* que deviene invitación a que caigan todas las mentiras y bendiciones que sostienen al *sí mismo*.

¡Y podemos oler el océano!

Y tal vez el océano no sea sino un río mayor que se adentra en otro y éste en otro y otro, y así, novedosamente, sin acabar. Es como si la ausencia de quienes guardamos memoria Viva nos invocara, ellos nos llaman por delante pero nos animan como los afluentes de nuestro caudal a adentrarnos a un silencio que a la vez se adentra en uno mayor para afinar el oído y escuchar los cantos del amor. Son cantos que no se repiten, sino que acompañan la danza recreadora y novedosa sin fin.

Convocar

Cuando nos organizamos a partir de nuestras aspiraciones colectivas para Cuidar la Vida en medio de las presiones y violencia de los poderes hegemónicos, nos organizamos animados por la *simultánea presencia* de la que venimos hablando, hermano.

Es esa *simultánea presencia* la que se hace pública a través de nuestras iniciativas. Y esta *simultánea presencia* es una *arriesgada presencia pública* porque desafía a los poderes hegemónicos —no con poder— sino con una presencia que revela la *simultánea presencia de ser ausentes y presentes, aniquilados y sobrevivientes*. Por su misma vacuidad de todo poder esta *nueva presencia pública* —(re)existencia pública— deviene una invitación radical a Vivir y cuidar la Vida, y esta invitación tiene fuerza Vital para remover todos los obstáculos que la limitan —incluido el poder y el *sí mismo* que lo sustenta.

La fuerza vital que remueve —hasta montañas, en palabras de Jesús— no es poder que se contrapona al poder hegemónico. Al poder no se le vence con poder, aún cuando se proponga como otro tipo de poder. En esencia, la raíz del poder es el *sí mismo*, y éste se recrea en cualquier tipo de poder que se aluda. ¿Por qué? Porque el *sí mismo* se nutre de contraponerse a un otro siempre.

La rivalidad, imitación y dominio, no cesarán en el interior de un grupo que decide conformar un poder para hacer frente a los poderes hegemónicos. Repito, ‘un poder’ no sirve aún cuando se le califique de “buen poder”, de “poder entre muchos”, de poder “entre” y no “sobre”, de poder “construido entre muchos a partir de nuestras historias”; en fin, sin importar cualquiera que sea el tipo de poder, no sirve. ¿Por qué? Porque se basa contraponiéndose a un otro y esa base carcome hasta la más bella de las narrativas del poder.

El *sí mismo*, abrigado por la bendición de la religión sacrificial, es la raíz de todo poder.

¿Por qué no hablar mejor de *asumir una arriesgada presencia pública e invitar colectivamente en el ámbito público a dejar todo poder y abrazar la simultánea presencia de aquellos que el poder da por aniquilados?*

En lugar de poder podríamos hablar de *potencialidades-en-relación* que *avivan la simultánea presencia, potencialidades que cuidan la Vida; experiencias que transparentan la presencia divina*. Más que de roles o funciones en un sistema, hablamos de *potencialidades en relación que abren camino entre los poderes hegemónicos traspasándolos y desenredándolos, deconstruyéndolos y trascendiéndolos*. La presencia divina nos anima a asumir una arriesgada presencia pública y nos llama a invitar colectivamente, en el ámbito público, a recrear *las relaciones* de todos a favor de la Vida. Pensar en *potencialidades en relación* posibilita reimaginar una co-existencia y re-existencia sin la necesidad de contraponerse a un otro. Pensar en *recreación-de-relaciones* posibilita caer al *sí mismo* en todas las esferas de nuestras iniciativas.

Asumir una arriesgada presencia pública a partir de la vivencia de una *simultánea presencia* deviene invitación a recrear *las relaciones, experiencias, y potencialidades* de todos a favor de la Vida. No hay triunfo, sólo entrega. No hay nada

que se tiene, se recibe, no hay nada que se retiene, sino que se da, se entrega, se comparte. Es una invitación que ya se vive y que el poder hegemónico no la puede ver porque está más allá de sus cálculos y categorías de poder.

La fuerza vital que emerge creativamente de la vivencia de la *simultánea presencia divina-humano-cósmica* es la misma fuerza vital asociada a la *anarquía divina* sobre la cual has comentado en otros espacios, Carlos. Es la fuerza del tiempo mesiánico.

¿Cómo animarnos y animar a otros a *reunir* —cual afluentes de memoria y presencia— la fuerza vital para abrir caminos nuevos entre los poderes de rivalidad y violencia? ¿Cómo animarnos y animar a otros a *encontrar* —cual abrazo verdadero— la fuerza vital para recrear nuestros roles a favor del cuidado de la Vida?

Esto es crucial para nutrir la vida en común donde discernimiento y espiritualidad se abrazan. Porque la imaginación de nuestros esfuerzos colectivos muchas veces está aprisionada por la colonización de nuestras memorias que nos impide vislumbrar algo distinto al poder para abrir caminos nuevos a modo de grietas entre los poderes hegemónicos.

Abrir caminos nuevos entre los poderes hegemónicos no es contraponerse a un otro, sino que se trata de una liberación, animados por la *Ruah* divina, de todos entre todos, todas las generaciones a lo largo de todos los tiempos, *simultánea presencia, creación continua, encarnación continua*.

Sigamos

Quiero terminar diciéndote que cuentas conmigo, hermano, para que nuestra amistad sea un *dejarnos mover* por la *Ruah* divina y *ser movidos* por ella, adentrándonos en un tiempo y espacio nuevos. Donde acontece la caída del *sí mismo se abren nuestras heridas para recibir el pasado que viene por delante en las heridas de quienes confiesan su amor por recordar a los olvidados de este mundo*.

Entonces la ausencia deviene simultánea presencia que inhala, expira y recrea novedosamente el gozo y banquete de la Vida.



Epílogo

Nairobi, 25 de julio de 2022

Al final de las múltiples conferencias y mesas de trabajo en Nairobi, tuvimos la oportunidad de llegar hasta las faldas del Kilimanjaro donde estamos contemplando la enorme diversidad de animales en bella coexistencia. Es todo un regalo estar aquí, bajo el cielo estrellado, y es aquí donde hemos recordado con alegría el diálogo epistolar que iniciamos pocos meses atrás sobre el discernimiento y la espiritualidad para tiempos inciertos.

Nuestro recuerdo no termina. Por el contrario, continúa como una invitación que da vueltas en nuestros corazones; continúa como un llamado.

De forma sucinta, podríamos decir que la *Ruah* nos llama y mueve a *nacer haciendo sitio* en nosotres para las historias heridas de otros, porque en nuestras heridas hay sitio para los otros. Y este *nacer haciendo sitio* acontece en *amistad*, en *ser recibidos* gratuitamente en las historias heridas de los otros que ofrecen perdón y vida nueva para todos, como si nos adentráramos y arraigáramos en la interseccionalidad de nuestras resistencias solidarias, creativas y transgresoras de los poderes hegemónicos.

Esta invitación reflejaría lo que desde antiguo se afirmaba acerca de concebir en el interior a Dios por el conocimiento y a la vez penetrar en Dios por el amor, como nos lo decía el dominico, Maestro Eckhart, en uno de sus tantos sermones. Se trata de *nacer-con*, y adentrarnos en amistad. Se trata de ser recibidos y entregarnos.

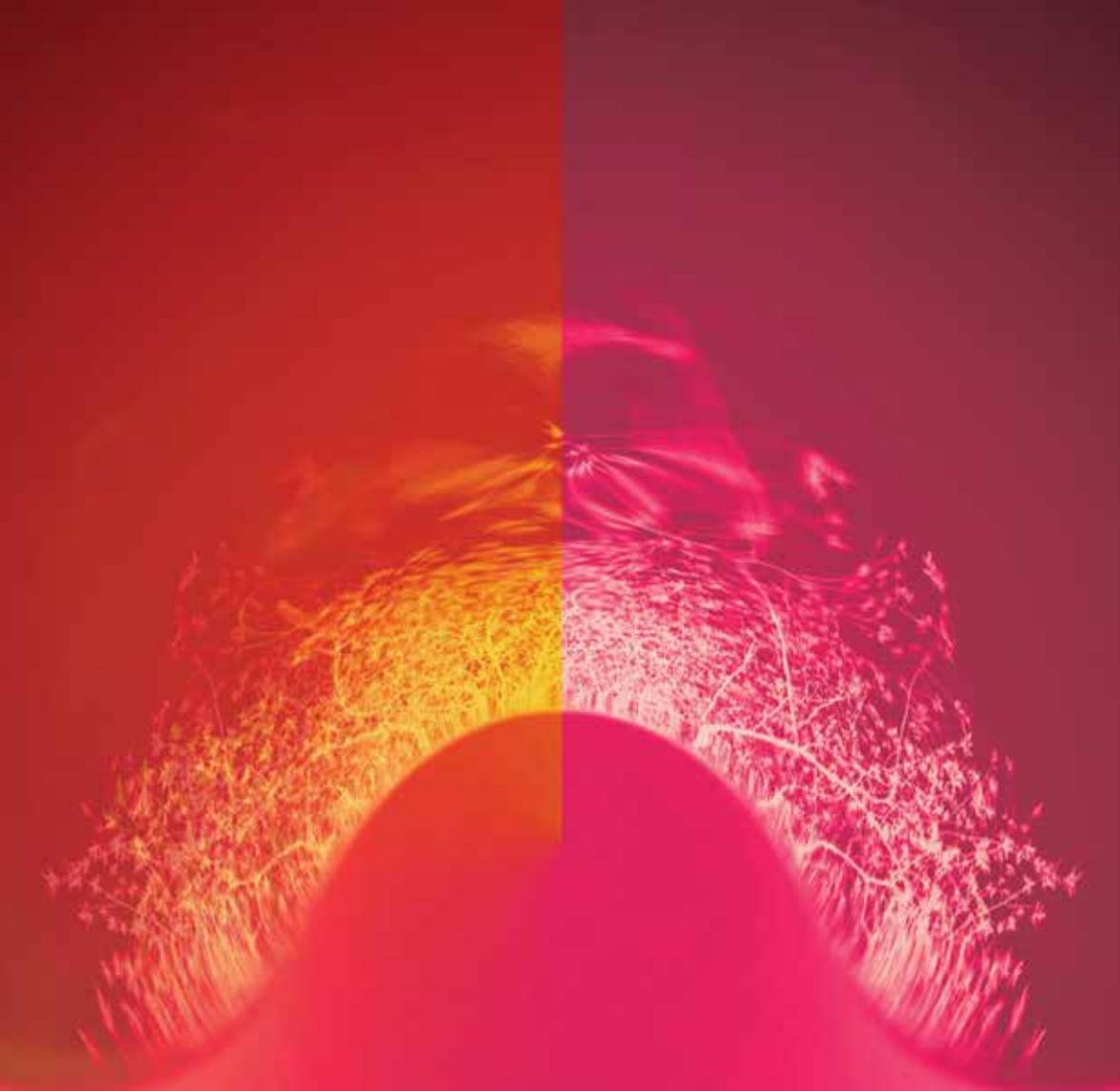
En estos tiempos inciertos queremos dejarnos mover y ser movidos por la *Ruah* divina en amistad, en mutualidad, recibiendo en nuestras propias heridas, muchas veces ocultas, las historias heridas de quienes confiesan valientemente sus más profundas rebeliones y aspiraciones desde los márgenes invisibles y descartados por el poder. Y a la vez, desplazarnos o adentrarnos en amistad ofrecida desde los márgenes ignorados para *re-imaginar* un mundo en el que quepan todos los cielos y todos los mundos, un *nacer* juntas en nuevo tiempo y espacio.

Queremos extender así la invitación a emprender y recibir caminos diversos de mutuo acompañamiento espiritual y teológico, cuyo dinamismo principal es una amistad espiritual liberadora, una amistad social liberadora. Por un lado, espiritual, porque este acompañamiento mutuo es movido por la indomable libertad de la *Ruah* divina, no calculado. La amistad siempre es gracia. Y teológico,

en tanto que discernimos nuestros pasos colectivamente en comunión con quienes los poderes hegemónicos consideran aniquilados, olvidados y descartados a lo largo de la historia. Es desde el reverso de la historia que evocamos creativamente intuiciones, narrativas, rituales y prácticas liberadoras, y es también desde el reverso de la historia que invocamos a quienes transgredieron con sus vidas la rivalidad y abrieron caminos de perdón y de donación en amistad. Sí, invocamos a las víctimas que despertaron junto al Crucificado que despertó. Así, en mutuo acompañamiento espiritual y teológico, nos acuerpamos y percibimos las huellas de quienes invocamos al lado de nuestros pasos para seguir dejándonos mover por la sabiduría divina.

En estos tiempos inciertos, de horror y violencia global, invitamos a guardar memoria viva de esa sutil intuición cristiana: *no hay salvación sin el cuerpo*. Nos acuerpamos en mutuo acompañamiento porque nuestros cuerpos, como si fueran cajas ancestrales de resonancia, abrigan infinitud de sabias transgresiones que vuelven a resistir y re-existir creativamente con la Madre Tierra ante la vulneración de nuestras más profundas aspiraciones y rebeliones por parte de los poderes hegemónicos.

Somos *pro-vocados* por la Sofía divina en estos tiempos. Somos *nuevamente llamados* por senderos de comunión que emergen desde los anhelos profundos por devenir juntas en amistad espiritual liberadora. Somos *nuevamente llamados* por caminos donde la diversidad de nuestras espiritualidades abraza nuestras vulnerabilidades y avive los pasos valientes que los desafíos globales nos reclaman. Somos *nuevamente llamados* por senderos en los que la diversidad de nuestras evocaciones e invocaciones desaten los nudos de rivalidad. Somos *nuevamente invitados* a la simultánea presencia de *todes* a quienes el Crucificado y las víctimas de la historia despertaron para el banquete de la Vida.



Inspiraciones y Conspiraciones

AUSCULTA FILI VERBA MAGISTRI

LA PRIMERA EDICIÓN DE
MUTUO ACOMPAÑAMIENTO EN LA RUAH DIVINA
SOBRE EL DISCERNIMIENTO Y LA ESPIRITUALIDAD PARA TIEMPOS INCIERTOS, POR
JUAN CARLOS LA PUENTE-TAPIA Y CARLOS MENDOZA-ÁLVAREZ,
CON PRÓLOGO DE CARMENMARGARITA SÁNCHEZ DE LEÓN
E ILUSTRACIONES DE PAULO MEDINA
EN ALIOSVENTOS EDICIONES AC, SE IMPRIME BAJO DEMANDA A TRAVÉS DE AMAZON
EN ESPAÑA, ESTADOS UNIDOS, FRANCIA, ITALIA, JAPÓN Y REINO UNIDO;
EN MÉXICO, EN LOS TALLERES DE LIBRÁNTIDA.

EN SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON FUENTES
DE LAS FAMILIAS PERPETUA Y TAFEL SANS PRO.



En tiempos signados por la incertidumbre, el horror y la violencia global, este diálogo a cuatro manos nos invita a dejarnos mover (discernimiento) y ser movidos (espiritualidad) por la Ruah divina “en amistad, en mutualidad, recibiendo en nuestras propias heridas, muchas veces ocultas, las historias heridas de quienes confiesan valientemente sus más profundas rebeliones y aspiraciones desde los márgenes invisibles y descartados por el poder”.

En este libro a cuatro manos –que recoge el diálogo epistolar entre Juan Carlos La Puente-Tapia y Carlos Mendoza-Álvarez en conversación con las ilustraciones de Paulo Medina y prologado por Carmenmargarita Sánchez de León– los autores nos invitan a acuerparnos “en mutuo acompañamiento porque nuestros cuerpos, como si fueran cajas ancestrales de resonancia, abrigan infinitud de sabias transgresiones que vuelven a resistir y re-existir creativamente con la Madre Tierra sin sucumbir a las promesas y violencias de los poderes hegemónicos”.

Juan Carlos La Puente-Tapia acompaña personas y colectivos para que sus acciones a favor de la justicia y la paz se arraiguen en un quehacer espiritual, teológico y ritual en mutuo acompañamiento.



Carlos Mendoza-Álvarez es un teólogo dominico mexicano. Tejiendo pensamiento crítico y espiritualidad, acompaña a sobrevivientes de diversas violencias en digna y esperanzada resistencia.

“Este libro inspirará una nueva generación de practicantes de la espiritualidad, invitados a realizar largos viajes a las muchas matris de la humanidad para aprender de nuevo a hacerse amigos de la tierra y sus creaturas”. –*Susan Abraham, President, Concilium, An International Journal of Theology*

“Atisbos de una nueva pneumatología: entrevemos cómo el Espíritu produce un renacimiento, poseyéndonos a partir de los intersticios, y llevándonos a modos de presencia y posibilidades de donación aun no vislumbrados. Alimentación rica para una santa y ‘acuerpada’ imaginación.” –*James Alison, Presidente del Comité de educación, Imitatio*

